EL JINETE DE PEGASO

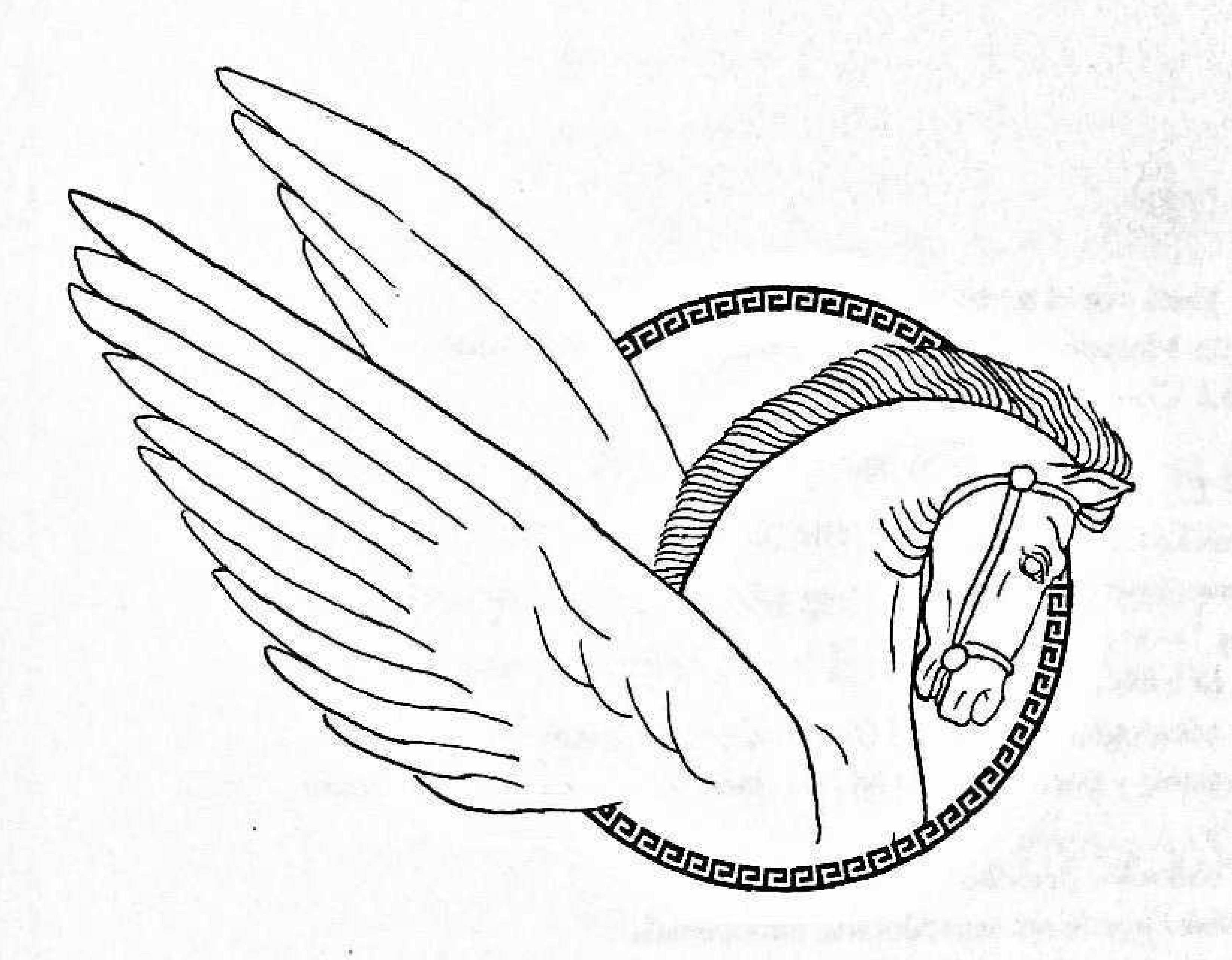


[redacted]

GREDOS

EL JINETE DE

PEGASO



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Alba Colomé
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-9094-6
Depósito legal: B 21177-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Belerofonte, deseando sujetar a Pegaso, al hijo de
la gorgona coronada de sierpes, soportó numerosas
fatigas por cierto, hasta que un freno con cabezal
dorado la virgen Palas le trajo, y del ensueño
al punto surgió para él el claro día.*

Olímpicas, Píndaro, XIII

Dramatis personae

Los mortales

Hipónoo/Belerofonte - príncipe de Corinto y jinete de Pegaso.
Poliido - célebre adivino de Corinto.
Eurimede - reina de Corinto y madre de Hipónoo.
Bélero - hermano de Hipónoo.
Antea - reina de Tirinto, esposa de Preto.
Preto - rey de Tirinto y yerno de Yóbates.
Yóbates - rey de Jantos, padre de Antea y Filónoe.
Filónoe - princesa de Jantos, hija de Yóbates y hermana de Antea.
Eneo - rey de Calidón célebre por su sabiduría.

Los inmortales

Pegaso - poderoso caballo alado hijo de la gorgona Medusa y Poseidón.
Atenea - diosa de la sabiduría, ayuda a Hipónoo en su objetivo de domar a Pegaso.
Poseidón - poderoso dios de los mares y progenitor de Pegaso e Hipónoo.
Zeus - señor del Olimpo, desde el que gobierna a hombres y a dioses.

1

EL SUEÑO DEL HÉROE

El joven príncipe de Corinto reconoció el lugar: Hipocrene, el manantial predilecto de los poetas en el monte Helicón. Hipónoo había estado alguna vez allí, con su familia y su tutor, de camino hacia Delfos. Pero algo extraño ocurría esta vez: aunque el entorno le resultaba conocido, no le parecía encontrarse en el mismo lugar, el agua no manaba de las rocas. Arrodillándose, buscó frenéticamente el brocal entre la hojarasca y las piedras, pero no encontró ningún rastro de la antigua fuente.

De repente sintió una necesidad imperiosa de beber. Tuvo la sensación de que si no conseguía satisfacer su sed de inmediato en la fuente de las musas, su espíritu descendería a los infiernos para no volver nunca más. La desazón producida por esta certeza aceleró su pulso y empezó a sudar. Entonces sus pensamientos fueron sorprendidos por un aleteo grave y profundo que agitaba el aire a su alrededor. Sobresaltado,

levantó la vista, pero el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos no hizo sino aumentar su desconcierto: un blanco corcel sacudía majestuosamente las alas suspendido en el aire, justo encima de él.

Hipónoo había oído hablar de Pegaso, el corcel que nació de la sangre de la monstruosa Medusa, pero nunca pensó que lo vería tan de cerca. Lo contemplaba extasiado con la cerviz pegada a sus hombros, olvidando por completo su sed. Entonces, el maravilloso caballo se posó en la hierba mullida describiendo amplios círculos, como si de una mariposa se tratara. La hojarasca había desaparecido como por arte de magia.

El sudor se había enfriado en sus sienes, y su pulso retomó un ritmo sosegado, como si la presencia del alazán lo alejara de cualquier peligro. Eso le provocó un súbito e imperioso deseo de poseerlo. Sentía que debía montarlo, domarlo: tenía que ser suyo. Dando curso a su deseo, se acercó lentamente al caballo, sin hacer ruido, siempre de frente, aunque sin mirarlo directamente a los ojos. Pegaso le mostró la grupa y agitó la cola, indiferente a sus movimientos. Ignorando a Hipónoo, avanzó con elegante paso hasta el brocal y golpeó una piedra negra con la pezuña derecha. En ese mismo instante, un abundante chorro de agua brotó de la roca.

El príncipe tuvo entonces la certeza de que se hallaba ante la perdida fuente de Hipocrene, la de sus viajes, la de su infancia. Pero la sed que unos momentos antes parecía que iba a consumir su último aliento de vida se había extinguido por completo, solo sentía el afán de montar a Pegaso. Mientras se acercaba al prodigioso animal, se imaginaba que el hijo de Poseidón le ofrecía finalmente su grupa y sobre su lomo surcaba los aires, sobrevolando mares y montañas. Podría vencer a cualquier enemigo, derrotar incluso a los más terroríficos monstruos salidos de los infiernos cabalgando entre las alas de Pegaso. Al fin, incluso los dioses, que habían sido siempre desfavorecedores con su estirpe, reconocerían su bravura y le sonreirían con estima desde el Olimpo.

Estaba cada vez más cerca del animal, e Hipónoo veía su fantasía casi cumplida. Cuando estuvo a dos cuerpos del caballo, extendió las manos y se precipitó sobre él. Pero justo en el instante en que estaba a punto de acariciar la crin purísima del alazán, en aquel mismo momento, Pegaso se levantó de manos emitiendo un atronador relincho, y él cayó al suelo, aterrado. El animal, sin dirigirle siquiera una última mirada, alzó el vuelo y se perdió en el horizonte.

Entonces él, otra vez cubierto de hojarasca y de barro, empezó a gritar hasta que su garganta se volvió seca como el leño. Cuando no pudo seguir vociferando, Hipónoo se despertó, temblando, hecho un ovillo entre las sábanas empapadas de sudor.

Había sido un sueño, el mismo sueño, como cada noche.

Hipónoo se levantó y miró por la ventana: las murallas de Corinto brillaban a pleno sol de mediodía.

◇◇◇

Allí donde la próspera y heroica tierra del Peloponeso se estrecha dolorosamente para permitir que los dioses transiten con comodidad entre las sosegadas aguas del mar Jónico, sorteando el encrespado oleaje del Egeo, se erigían los muros de la esplendorosa ciudad de Corinto, allí en el estrecho brazo de tierra que une la península del Peloponeso a la Grecia continental. Las murallas de la ciudad sobrecogían siempre al

viajero que llegaba por primera vez a sus puertas. A lo largo de todo su perímetro, se interrumpían a trechos regulares y daban paso a blancas torres.

Los relieves de sus enormes bloques de piedra que ornaban parte de sus muros contaban fabulosas batallas y leyendas. También divisaba el viajero, en el pináculo de la montaña que presidía la ciudad, un pequeño templo dedicado a Afrodita, la diosa del amor, y en su vertiente oriental, las rocas se perdían en el horizonte, como si quisieran precipitarse hasta el mar. Allí se hallaba la famosa fuente de Pirene, a la que los dioses concedieron sus aguas cristalinas en tiempos de Sísifo, el primer rey de Corinto, quien había ordenado construir el templo en la cumbre.

Un camino empedrado de mármoles rojizos subía hasta la cima y, en el ocaso, el reflejo de los peldaños proyectaba irisados matices en las paredes de las casas. Por este motivo, los viajeros que frecuentaban Corinto la describían siempre como una visión deslumbrante: la más plácida y majestuosa de las ciudades de Grecia. El camino a la cumbre era un lugar de meditación y recogimiento. Los ciudadanos oraban mientras ascendían solitarios hacia el templo, al atardecer.

◇◇◇

Hipónoo, agitado todavía por el recuerdo de su pesadilla, decidió subir al templo aquella misma tarde. Quizá Afrodita sabría ofrecerle algún sabio consejo. Era un atardecer soleado de primavera.

El príncipe de Corinto subía sin prisa los empinados peldaños acompañado por Poliido, el adivino de la ciudad. Algo en el aire le resultaba desconcertante. Quizá un ruido de fondo,

como una vibración misteriosa. No se oía el compás melódico de los juegos infantiles, tampoco el grito de las gaviotas o el murmullo sordo del mar. Hipónoo no podía identificar de qué se trataba, pero percibía que algo interrumpía la armonía del lugar y de la hora.

El joven, elegante y bien parecido, caminaba monte arriba, cabizbajo y sin prestar mucha atención al viejo adivino, que subía detrás de él. Este, calvo, delgaducho y cubierto con una túnica ajada que a duras penas le cubría las rodillas, se afanaba y resollaba ruidosamente. Tal vez fuera su jadeo lo que quebraba el equilibrio, se decía el joven, o tal vez fuera el contraste entre los dos. Sumido en esos pensamientos, Hipónoo ascendía con decisión y sin cansancio visible en dirección al templo de Afrodita. Poliido, el anciano, seguía, con la vista pegada al suelo, encorvado, aparentemente concentrado en la extensión de su blanca y luenga barba. Ambos avanzaban en silencio.

No obstante, a medida que se acercaban al templo, las miradas de soslayo que el joven dirigía a su acompañante aumentaban. El recuerdo del desvarío de la noche anterior, ese sueño recurrente y angustioso, seguía atormentándolo. A cada peldaño, crecía su desazón, hasta el extremo de que le pareció que su alma agitada enturbiaba el paisaje con extraños augurios y oscuras vibraciones.

El anciano levantó la cabeza y advirtió, finalmente, el nervioso comportamiento de su señor. Como respuesta, le pidió que se detuviera y el príncipe, volviéndose al oír la llamada, interrumpió su marcha. Contemplaba el acaloramiento del adivino desde una posición más elevada y en su expresión era imposible separar la mueca de desagrado y la sonrisa de alivio.

—¿Estás cansado? —dijo Hipónoo—. ¿Por qué te detienes?

El adivino, que respondió negativamente a la primera pregunta sacudiendo la cabeza hacia ambos lados, se dirigió con fingida humildad hacia su príncipe:

—¿Y tú por qué sigues, señor? —respondió Poliido—. ¿Acaso sabes hacia dónde vas?

El joven intuyó una trampa en esa pregunta, que a la vez era respuesta, y contestó con una evasiva: se dirigía al templo, eso era evidente. El sol iluminaba su bello rostro de frente, ceñido por una diadema dorada. Vestía ropa de calidad, bien cosida, ajustada al cuerpo y estampada con cenefas de colores y dibujos de olas y delfines. Poliido no se dio por vencido:

—¿Qué buscas en el templo? —preguntó.

Esta vez el príncipe tardó en responder.

—He venido a ofrecer libaciones a los dioses, como bien sabes —dijo al fin.

Fue entonces cuando el viejo rompió a reír a carcajadas, ruidosamente, sin importarle el desconcierto que su comportamiento causaba en su joven príncipe.

Hipónoo estaba desorientado: el venerable cansancio del anciano no casaba con el ímpetu y el vigor de su supuesta alegría. La familiaridad de Poliido no le agradaba. Frunció el ceño, irritado, como queriendo demostrar que no tenía el ánimo predispuesto para las chanzas.

—Tú que todo lo adivinas, que todo lo sabes —protestó con acritud—, ¿no alcanzas a penetrar en mi mente?

—Oh, Hipónoo, hijo de Glauco, príncipe de Corinto, jamás me atrevería a penetrar en tu mente sin permiso. Estoy convencido de que no tardaría en ser castigado por ello.

El desconcierto del príncipe aumentó a causa de esta aguda respuesta, hasta que finalmente se dio por vencido y sonrió. Pasaban los años y aún le sorprendía la sutileza del adivino, lo admiraba por ello. «Me he dirigido a él con la arrogancia de un joven príncipe», se recriminó Hipónoo.

Y entonces descendió los diez peldaños que lo separaban del vidente con los brazos extendidos.

—Dime qué te atormenta —pidió el viejo, apretando las manos del joven entre las suyas—. Llevas taciturno muchos días, y te oigo gritar en sueños. Tu madre está preocupada, dice que has perdido tu natural alegría.

Hipónoo lo observó fijamente y dejó pasar el tiempo en silencio sin decidirse a hablar. Poliido señaló con la mano una piedra plana al lado del camino. El príncipe pareció conforme con la orden y se sentaron el uno al lado del otro. El mar brillaba con intensidad, pero ya no se oía el quejido de las olas.

En ese momento, el príncipe abandonó toda resistencia y empezó a vaciar su espíritu, hablando como si nunca tuviera que acabar. Describió la fuente de las musas, y cómo cada noche soñaba la llegada de Pegaso, cómo se imaginaba que galopaba por los aires montado en el hijo de la gorgona, conociendo mundos maravillosos. Estuvo enumerando los detalles de su sueño hasta que el sol acarició la línea del horizonte, bañado por un sol rojo como la sangre.

Callaron durante largo tiempo. Una gaviota había suspendido el vuelo en una roca cercana y los contemplaba curiosa. De vez en cuando, picoteaba con saña un pedazo de carne cruda.

—No encontraré la paz —exclamó inesperadamente el príncipe—, no volveré a ser yo mismo hasta que no encuentre a Pegaso y me apodere de él.

La gaviota salió volando, asustada.

El anciano permanecía pensativo, mientras Hipónoo se restregaba las manos con nerviosismo. Le había costado empezar pero ahora, con el corazón abierto de par en par, se sentía más vulnerable que nunca. Sabía que solo el sonido de la voz del viejo adivino podría adormecer su fiebre. Pese a ello, no se atrevía a pedirle que se apresurara. Poliido se levantó al fin y señaló la ciudad con el brazo extendido hacia abajo.

—Todo lo que ha pasado y todo lo que pasará en el mundo está conectado —dijo—. Sísifo, tu abuelo, pensó que podría engañar a Zeus. Y ahora, ya lo sabes, su tormento es eterno: debe subir una enorme piedra a la cima de una montaña de donde vuelve a caer una y otra vez.

Hipónoo observó perplejo al anciano: él le hablaba de Pegaso y de sus pesadillas, y Poliido, a cambio, le contaba las historias de sus antepasados. No lograba comprenderlo.

—Después de Sísifo —continuó Poliido—, Glauco, tu padre, también atrajo la ira de los dioses: para infundir ardor a sus yeguas las alimentaba con carne humana. Ya sabes lo que le ocurrió: los dioses le hicieron caer del carro y sus propias bestias, tras pisarlo, lo devoraron.

Tras recordarle la cruel muerte de su padre, el anciano retomó su silencio.

Entonces Hipónoo, sin poder contener su impaciencia, estalló en protestas. Se quejó al viejo adivino de que no lo escuchaba, pues no era de la historia de la familia de lo que quería hablar, sino de su enfermizo deseo de poseer a Pegaso, para el que necesitaba encontrar una solución.

—Tu abuelo, Sísifo, fue víctima de la arrogancia, desafió los límites impuestos por los dioses, sobrevaloró sus derechos

y sus capacidades y, por ese motivo, fue castigado. Al igual que el soberbio Glauco, tu padre. Y ahora tú, su descendiente, piensas en dejarte cegar por la arrogancia y domar al hijo de Poseidón.

Hipónoo agachó la cabeza. Por fin lo entendió.

◇◇◇

El sol había adquirido una tonalidad todavía más intensa, casi escarlata, y mojaba ya la mitad de su cuerpo refulgente en la línea del mar. El templo de Afrodita, olvidado en la cima, se había teñido de sangre. Hipónoo, con la cabeza entre las manos, pensaba en lo que acaba de oír y lloraba.

—Te propongo algo —exclamó el venerable adivino con una voz melodiosa y suave que tuvo la virtud de hacer que el príncipe levantara la cabeza—. Irás al templo de Atenea y dormirás allí. Ella penetrará en tus pesadillas y sabrá dirigirte.

Hipónoo dudaba de que eso sucediera realmente, pero, al menos, el vidente le daba una esperanza. Por primera vez en muchos días, Hipónoo notó que el aire llenaba sus pulmones y que las brumas se alejaban de su frente, sintiéndose de nuevo el joven alegre y despierto que solía ser.

Los dos hombres se pusieron de pie e iniciaron un lento descenso hacia la ciudad. Las sombras comenzaban a adueñarse del camino y la armonía, por un instante, pareció regresar a la gran tela del paisaje. Después, lentamente, oscureció.

◇◇◇

Las altas columnas de la terraza del templo de Atenea parecían converger allá en lo alto para cazar una estrella. Hipónoo las contemplaba inquieto, con los ojos abiertos y la res-

piración agitada: así como los anchos pilares tendían a unir y a estrechar sus mármoles añejos en la oscura bóveda del firmamento, así el corazón del joven príncipe se iba encogiendo más y más. Y cuanto más se contraía más se llenaba de funestos presagios, pues temía la reacción de la diosa al encontrar un intruso durmiendo en su casa.

La angustia se iba apoderando lentamente de su mente. Imaginaba sombras detrás de las pilastras, sentía como si los capiteles se precipitaran desde las alturas e intuía que alguien lo espiaba escondido entre las vasijas sagradas.

Decidió concentrarse en las imágenes recurrentes de su sueño: la fuente de las musas y el frenético galope de Pegaso a través del cielo. Y así, casi sin darse cuenta, se quedó dormido con una vaga sonrisa dibujada en los labios.

◇◇◇

Había alguien en el centro de la estancia. Delante del altar de la diosa Atenea, un hombre joven le daba la espalda, alzando en silencio sus plegarias a los dioses. Se cubría el cuerpo con atuendos similares a los que él vestía, y en sus pequeños gestos Hipónoo reconoció los suyos propios. De repente, el hombre alzó la voz e invocó su vínculo fraterno con la señora del templo, Atenea. Hipónoo no comprendía a quién hacía referencia aquel parentesco cuando, en aquel preciso instante, el hombre del altar se volvió hacia él.

El corazón del hijo de Eurimede dejó de latir por un instante: había dado por supuesto que la diosa le estaba mostrando en sueños un espejo de sí mismo, pero su mente lo llevaba a contemplar el rostro de un joven que nunca antes había visto. Un joven de su misma edad, agraciado, con la

frente ancha y los labios carnosos. Su apostura era digna del hijo de un dios.

A Hipónoo le pareció extraño encontrar a un desconocido actuando en sus sueños, pero no tuvo tiempo de ahondar en esta perplejidad. Ante el desconocido surgió la diosa Atenea, armada y cubierta con su égida y con su coraza de piel de cabra.

—Oh, Perseo —le dijo—, te aguarda un peligroso cometido que pondrá a prueba tu cuerpo y tu espíritu. Pero no temas, no estás solo, pues contarás en tu camino con mi apoyo. Emprende, pues, el viaje sin dudarlo: cuando llegue el momento, recibirás dones preciosos que te ayudarán a llevar a cabo tu misión.

Inmediatamente, una densa y húmeda niebla inundó el recinto, una bruma que, al mismo tiempo que enturbiaba la visión del joven Hipónoo, conseguía también aclarar su mente.

Reconocía la escena que se desarrollaba ante él. Era el encuentro de Perseo, el legendario héroe, con Atenea, el punto de partida de una aventura que tantas y tantas veces envidió cuando su madre se la contaba ante el fuego del hogar. Después del sacrificio y la plegaria —relataba Eurimede—, Perseo emprendería un tortuoso camino que lo llevaría a cercenar la cabeza de la terrible Medusa, contando siempre con la gran portadora del yelmo y de la lanza, la juiciosa Atenea. ¿Quizá la misma diosa —pensó Hipónoo— quería comunicarle con esta visión que él también recibiría su ayuda?

La niebla se disipó con la misma velocidad con la que había llegado. El paisaje del sueño había cambiado sin avisar. En lugar de los mármoles y columnas del templo de Atenea, el joven príncipe de Corinto contemplaba ahora el interior

de una caverna. Arrimado a la pared rocosa, descubrió a Perseo que, pertrechado de pies a cabeza, se escondía de algún terrible enemigo.

Hipónoo recordó la historia y dedujo de quién se trataba: Perseo se ocultaba de Medusa, la monstruosa gorgona.

El legendario héroe iba equipado con las armas mágicas que le prometiera Atenea: en el brazo izquierdo, el escudo liso y reluciente; en la mano derecha, una gran espada curva. Ceñido a la cabeza, el casco de Hades, el dios del inframundo, que le concedía la invisibilidad y, colgando a su espalda, la célebre *kibisis*, un zurrón hecho de anillas de plata y rematado con flecos de oro. Finalmente, en los pies, unas sandalias de cuero adornadas con blancas plumas en los talones.

Hipónoo aceptaba los zarandeos a que le sometía su sueño sin protestar.

El héroe avanzaba entre columnas y abismos, pegado a la pared, provisto con las armas que le prometió su protectora. Dirigía los ojos al suelo. Sabía que si, por accidente, su mirada tropezaba con el rostro de Medusa, quedaría indefectiblemente convertido en piedra. Desde el fondo de la gruta, emergían espantosos siseos y murmullos.

Había llegado al final del túnel. Una gran bóveda de piedra cobijaba a algo o a alguien a quien Perseo se resistía a mirar. De repente, los dos jóvenes —soñador y soñado— notaron una presencia extraña, sibilante y fría que se acercaba.

Hipónoo no daba crédito a lo que sus ojos le mostraban: una bella figura de mujer caminaba hacia Perseo con porte de reina. Pero en lugar de finos cabellos o ensortijados rizos, en lugar de una piel sonrosada o unos ojos almendrados, encima de los hombros de la doncella se bamboleaba una informe ca-

beza cubierta de sibilantes y erguidas serpientes. El joven apartó los ojos y respiró profundamente, y se regocijó de que el sueño lo protegiera de la amenaza de aquel terrible monstruo.

Observó a Perseo. Por suerte, su mirada vacilante, que no sabía dónde reposar, topó con el reflejo de Medusa en el escudo. Instintivamente, Perseo cerró los ojos asustado, esperando convertirse en piedra, pero nada sucedió. La imagen, reflejada, perdía su terrible poder.

En ese punto de la visión, Hipónoo sintió como si el aire protestara, como si la imagen de su fantasía se descompusiera. Pero el hijo de Eurimede no se entretuvo en ociosas cavilaciones que le explicaran qué estaba ocurriendo. Conocía perfectamente el hecho luctuoso que estaba a punto de ocurrir y lo aguardaba tenso, sumido en un abundante caudal de emociones opuestas: por un lado, deseaba ver con sus propios ojos aquello que tantas veces oyera en boca de rapsodas y maestros; por otro, se compadecía del triste e injusto destino de la madre de Pegaso.

Pero se resignó. Al fin y al cabo, si quería poseer al blanco alazán, este tenía que nacer, y para ello, Perseo tenía que completar su misión, Medusa debía morir.

Perseo observaba a la gorgona a través del espejo de su adarga. Sabía que, sin buscarlo, había hallado el método que podía asegurarle la victoria. Guiándose por el reflejo, buscó a su enemiga y la encontró tendida en el suelo. Fuera para vencer la repugnancia, la compasión o el miedo, Perseo chilló con todas sus fuerzas y avanzó hacia ella. Medusa se quedó momentáneamente inmóvil. Entonces Perseo, rogando a Atenea que sostuviera su mano, hendió su espada curva en el blanco cuello del que fuera el más temible monstruo de la tierra.

Ya hacía rato que Hipónoo contenía la respiración. Observó cómo, con la cabeza ya separada del cuerpo, se alzaban todavía las serpientes de Medusa buscando infructuosamente un rival con quien luchar. Un doble río de sangre manaba del tajo que separaba la horrible cabeza del hermoso cuerpo. Cuando las serpientes dejaron de rebullir, el joven vio cómo Perseo depositaba sus armas en el suelo, se quitaba la *kibisis* de la espalda, alargaba el brazo y, fiándose aún del reflejo del escudo, agarraba la cabeza de Medusa y la metía en el mágico zurrón. Luego, volvía a cargárselo a la espalda.

Los dos ríos de sangre produjeron, de repente, un fuerte chasquido y Perseo huyó al galope hacia la luz del día.

Pero esta vez Hipónoo no siguió al protagonista de sus sueños, ya no le interesaba Perseo, algo lo reclamaba junto al cuerpo de la que fuera la triste amante de Poseidón.

Se dio cuenta de que, de una de las dos rojas fuentes que brotaban del cuello de la gorgona, algo emergía y tomaba forma entre borbotones y burbujas. Algo que cada vez adquiría más y más volumen y se elevaba, informe y grasiento, hasta el techo abovedado de la cueva. Justo antes de tocar la piedra, la masa interrumpió su crecimiento y empezó a adquirir una forma más precisa, enormes brazos y piernas surgieron de la amalgama viscosa. El coloso se restregó los ojos empapado aún en sangre y empezó a tambalearse hacia el exterior. Muy lentamente, aullando y golpeando furibundo las húmedas paredes de la gruta, desapareció en la oscuridad de los túneles.

Hipónoo tampoco lo siguió. Sabía por la leyenda de quién se trataba: del gigante Crisaor, el de la espada de oro, pero no era a él a quien aguardaba.

Entonces, de la segunda fuente que manaba del cuello de Medusa surgió con exasperante lentitud una sanguinolenta forma coronada por lo que parecía una espesa crin. La sangre chorreaba, pero no parecía querer teñir el pelo sedoso de la bestia que ya se mostraba como un imponente caballo. A medida que esta crecía, el rojo líquido resbalaba y el albo brillo del alazán centelleaba de manera casi irreal, como si mil antorchas inexistentes lo estuvieran iluminando a la vez.

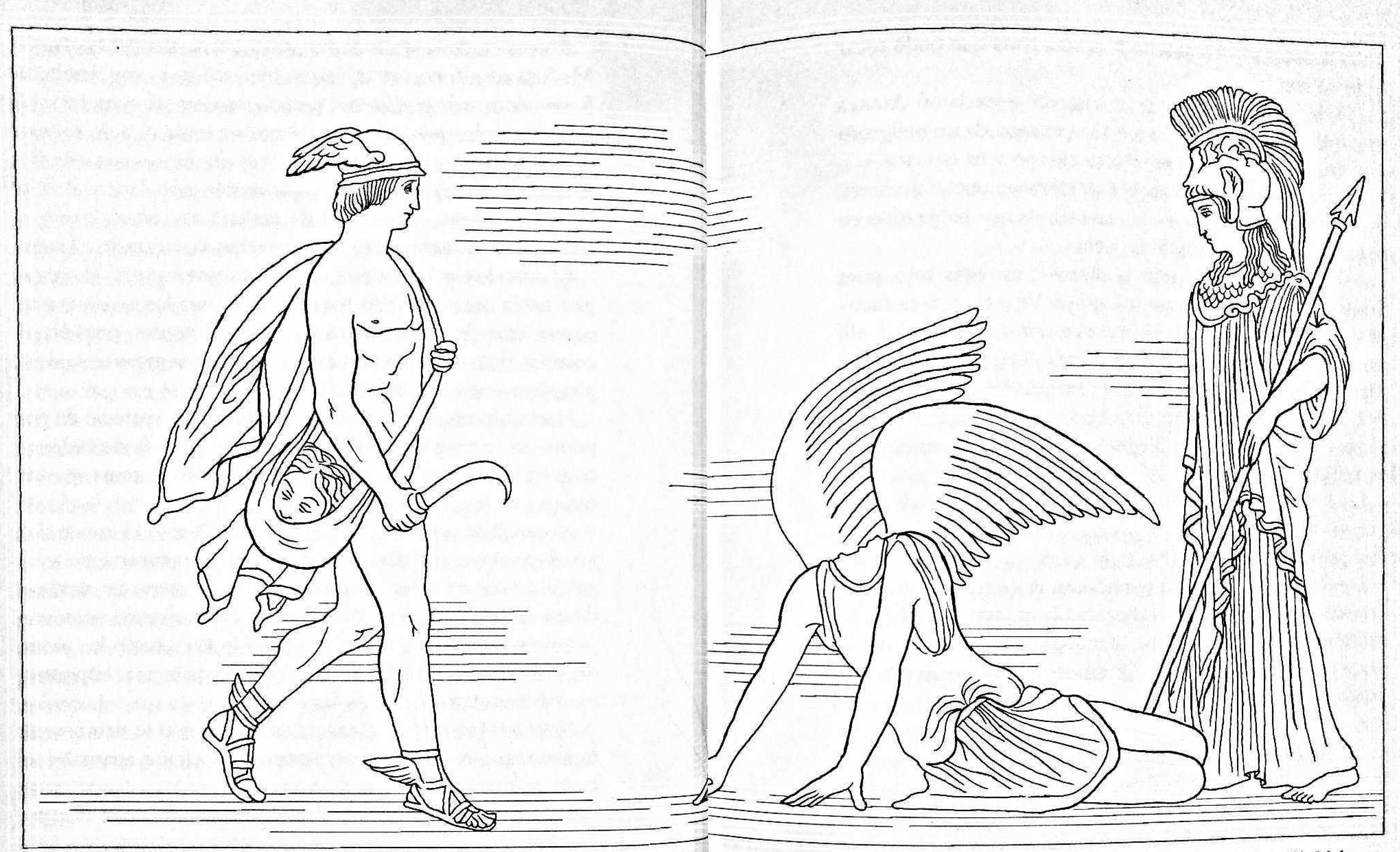
El corcel se puso en pie. No era un joven potro, el ejemplar había nacido adulto, soberbio, con una larga cola y una espesa crin de nívea apariencia. A los costados, pegadas al costillar, dos inmensas alas, como de paloma gigante, se desplegaban y se estremecían.

Haciendo un esfuerzo indecible, Hipónoo apareció de repente en su propio sueño con la frente perlada de sudor y se acercó a Pegaso con el paso ansioso del que teme que su tesoro más preciado se desvanezca.

El corcel se agitó inquieto y retrocedió ante el envite del joven príncipe. Sus alas batieron el aire frenéticamente y el golpe de sus pezuñas en la piedra resonó como un tambor de guerra en la caverna. Finalmente, Pegaso inició un inesperado galope hacia la salida, siguiendo sin saberlo los pasos de su hermano Crisaor. Como clavado en tierra, Hipónoo tendió impotente la mano hacia él.

Nunca supo si fue a causa de este gesto o si se debió a un nuevo capricho de la diosa, pero, sin transición aparente, se halló de nuevo en la casa de Atenea.

No estaba seguro de si continuaba soñando. Ante él, majestuosa, la lanza en ristre y la negra égida reluciente, la señora del templo le sonreía con sorna. El príncipe de Corinto



Hipónoo contempló en sus sueños cómo Perseo acababa con la terrible Medusa.

dudaba, se arrodilló y agachó la cabeza hasta que pudo tocar el suelo con la frente.

—Oh, Hipónoo, hijo de Eurimede —exclamó Atenea con una voz tintineante de metal—, te aguarda un peligroso cometido que pondrá a prueba tu cuerpo y tu espíritu.

Aquellas frases le sonaban tan extrañamente familiares, pero no sabía distinguir si eran las mismas que había oído en sueños o si seguía soñando todavía.

—No temas —prosiguió la diosa—, no estás solo, pues contarás en tu camino con mi apoyo. Ve a la sagrada fuente de Pirene, al pie de la colina que señorea tu ciudad, allí encontrarás el preciado objeto de tus deseos. Emprende el viaje sin dudarlo más, sacrifica el toro más bravo de los rebaños de Corinto a tu padre, él te bendecirá. Toma este instrumento de metal, cuando llegues a la fuente, comprenderás su utilidad y su valor.

Un largo silencio sucedió a aquellas palabras y, finalmente, cuando Hipónoo se atrevió a alzar la vista, la diosa ya había desaparecido.

De repente se encontró tendido en el suelo del templo, a oscuras. Justo al lado de su cabeza había un extraño artilugio: un freno dorado. El príncipe lo recogió sin dudar, impelido por su divino resplandor, y se dirigió con paso firme a la salida del templo.



2

La maldición de una estirpe

Teñía el sol, invisible todavía, el horizonte de tonos dorados mientras Hipónoo, con la cabeza a rebosar de pensamientos atribulados, remontaba las calles de Corinto en dirección al palacio de sus ancestros.

No entendía por qué Atenea le pedía que sacrificara el mejor toro del rebaño real en honor a su padre. La historia que el adivino le refiriera le recordaba el vasto conocimiento que Glauco tenía sobre la caballería y cómo dominar o exacerbar sus instintos, así como la afrenta a los dioses que su crueldad había propiciado. Quizá, pensaba, de ese modo la maldición que parecía acompañar a su estirpe no lo perseguiría, y encontraría la manera de domar el corcel sin enfurecer a los dioses. De cualquier modo, la más sabia entre los dioses había sido tajante: debía ofrecer un sacrificio al domador. Aunque él nunca habría osado calificar al autor de sus días con un epíteto tan ampuloso, no era privilegio de los mortales contradecir a los dioses.

Con el extraño artilugio dorado en su poder, solo necesitaba cumplir dos condiciones para amansar la furia del hijo de Medusa, y ambas estaban en su mano: consumar el inusual sacrificio y obtener la bendición de Eurimede, su madre. Su destacado raciocinio la elevaba sobre el resto de los mortales en la estima de Atenea, que la había tomado como discípula. Sin duda, ella sabría aconsejarlo. Mientras se dirigía al encuentro de su madre, no dejaba de maravillarse de su espléndida suerte. Las historias de los héroes siempre contaban el arduo viaje a través de mares y montañas hasta alcanzar el paraje prohibido donde habitaban sus sueños. El mismo Perseo, sin ir más lejos, había superado terribles pruebas antes de poder alcanzar la remota guarida de las gorgonas para enfrentarse a Medusa.

En cambio, él solo tendría que descender cuatro callejuelas y recorrer una breve senda. Mientras las atravesaba, apenas dando crédito a su afortunado destino, se sentía favorecido por los dioses. Alertado por tan osado pensamiento, le pareció oír la voz de la conciencia de Poliido, advirtiéndolo sobre los peligros de la soberbia que recorría su linaje. Apartado de sus dulces pensamientos de tan drástica forma, Hipónoo echó a correr hasta que en su cabeza solo resonaron sus pasos contra la piedra por las vías adoquinadas de la luminosa ciudad que fundara su estirpe, olvidando así la maldición que la acompañaba.

Entró en el palacio corriendo. Salvo los dos guerreros que siempre había en la entrada, no vio a nadie más, pues todavía era temprano y los moradores aún no habían despertado. Aunque estaba ansioso por encontrarse con su madre, no osaba penetrar en sus aposentos sin ser anunciado. Sin embargo, era asimismo consciente de que, si se obligaba a tener un poco de paciencia e intentaba aguardar unas horas ante la entrada de su estancia, el corazón le estallaría dentro del pecho. Tras meditarlo durante unos segundos, decidió golpear con suavidad en la puerta, sin embargo, no obtuvo respuesta. Lo volvió a intentar, pero solo oyó el sonido de sus nudillos impacientes contra la madera.

Viendo que la prudencia no le proporcionaba la satisfacción que anhelaba, optó por las prisas. Depositando en sus brazos todo el peso y la fuerza de su cuerpo, empujó los pesados batientes de color verdoso que medían más de tres varas de altura y que chirriaron sobre sus goznes. En un solo momento, se plantó junto a la cama, donde sacudió los hombros de la reina con más impaciencia de la que habría sido necesaria.

Eurimede se despertó sobresaltada. Incorporándose, miró fijamente a su hijo como si no supiera dónde estaba ni de quién se trataba, arrancada bruscamente de oníricos lugares y compañías.

Lentamente, el espíritu de la reina se reconcilió con la realidad, su mirada se amansó y sonrió al joven príncipe:

—¿Qué quieres, hijo mío?

Luego, al darse cuenta de lo insólito de la situación, lo observó con gran curiosidad no exenta de una sombra de preocupación.

—Oh, madre —respondió él—, ¡si supieras lo que he vivido esta noche! Atenea, tu maestra, me ha visitado en sueños, alentándome a domar al caballo alado.

Su madre vio que su temor tomaba forma, e intentó disuadir a su hijo.

—¿Otra vez esa obsesión? La soberbia infringió terribles castigos a tus antepasados: la sabiduría de la diosa debe impulsarte a evitarla, no a caer en ella.

Vehemente, Hipónoo argumentó que era la misma hija de Zeus quien lo empujaba a actuar. Entonces, para reforzar sus palabras, sacó de entre los pliegues de su túnica la curiosa arma dorada que la diosa le había entregado para ayudarlo a dominar a Pegaso. La expresión de su madre se mudó en profunda admiración, pues reconoció en la fina orfebrería del objeto el origen divino del mismo. El hijo, hasta entonces un niño para ella, se complació con la respetuosa mirada de su madre, sintiéndose en esos momentos un héroe predestinado a grandes hazañas, como antes lo fuera Perseo. Creyendo que sus palabras aumentarían aún más la admiración de su madre, le contó las condiciones de la diosa: debía sacrificar el mejor toro de la cabaña de Corinto para glorificar a su padre.

La sombra de una duda sobrevoló el ceño de su madre.

—¿A tu padre? —preguntó extrañada.

Hipónoo comprendía su reacción, era la misma que él había tenido cuando la diosa le comunicó su deseo.

—Sí, a mi padre, el domador. Nunca he oído que nadie llamara así a Glauco. Será por su afición a los caballos —respondió el joven cautelosamente, intentando evitar recordarle a su madre los tristes días de la locura de su esposo.

De repente, Eurimede arrugó la frente y se puso a temblar como una hoja que blandiera un gélido viento de otoño.

—El domador —repitió la reina con un hilo de voz.

No, se decía Eurimede para sus adentros, nadie había llamado nunca a Glauco así, ni los dioses se preocuparían por

que los mortales le rindieran honores. La voz de su hijo interrumpió sus pensamientos, que habían llegado a más oscuras conclusiones de las que alcanzara su hijo.

—Me falta tu bendición, madre —exclamó el príncipe.

Entendiendo que nada detendría a su hijo si no era la misma consecución de sus anhelos, la reina agachó la cabeza y asintió mientras se forzaba a sonreír de nuevo. Puso la palma de la mano sobre la cabeza ensortijada de su hijo pequeño y, como ya había hecho en multitud de ocasiones, elevó una plegaria a la belicosa Atenea para que protegiera a su linaje.

Hipónoo, satisfecho, saltó impulsivamente de la cama, donde se había arrodillado sin pedir permiso.

—Espera, hijo mío —dijo la reina—. Probablemente te esperan más peligros de los que ahora eres capaz de imaginar, pues los dioses suelen llenar de trampas el camino de nuestros propósitos.

Mientras hablaba, Eurimede se levantó y se arrodilló delante de la cama, bajo la cual escondía un enorme baúl azulado: anchas abrazaderas de bronce sujetaban las aristas y envolvían con delicadeza la curvatura de la tapa, que estaba totalmente recubierta por exquisitas imágenes de sirenas, delfines y otros seres marinos. Hipónoo acarició el mueble con cierta reverencia: estaba seguro de no haber visto nunca antes aquella caja, pensaba mientras la contemplaba embelesado, pues no habría podido olvidarla. No parecía hecha de madera ni de ningún otro material que conociera, y en vano buscaba en su mente el maravilloso paraje del que pudiera provenir el extraño objeto, cuyo valor se le antojaba incalculable.

Eurimede sonreía satisfecha ante la estupefacción de su hijo, cuyo pensamiento, por un instante, al menos, había conseguido desviar del caballo alado de la gorgona. Entonces abrió el baúl muy lentamente y, ante los atónitos ojos de Hipónoo, apareció una espléndida coraza de bronce.

Entusiasmado, y con el corazón batiéndole aún más aprisa que cuando entrara, el joven príncipe tendió reverencialmente las manos hacia la brillante armadura. Pero cuando estuvo a punto de rozarla, sus dedos se contuvieron: sabía que no debía tocar aquella maravilla hasta que su madre se lo permitiera, y hacia ella dirigió interrogante la mirada.

—Perteneció a tu padre —exclamó solemnemente la reina como respuesta.

Acto seguido, sacó la armadura del interior de la caja y, usando una estudiada gestualidad, se la entregó a Hipónoo. Al tomar este la armadura de manos de su madre, se dio cuenta de que si bien Eurimede había logrado recomponer su rostro, sus manos todavía temblaban.

—Él habría querido que fuera tuya —logró articular.

Esa afirmación desconcertó a Hipónoo.

—Pero ¿por qué yo y no mi hermano? —objetó—. Él es el primogénito.

—Porque perteneció a tu padre —insistió Eurimede.

Aunque Hipónoo no entendió la respuesta, no quiso indagar más en el asunto. Si la reina quería que la armadura fuera suya, no sería él quien contradijera sus deseos.

En un abrir y cerrar de ojos, Hipónoo se enfundó la coraza de su padre, y su madre, emocionada al ver que esa antigua armadura cobraba vida de nuevo, le ayudó a abrochársela. Qué bien le sentaba, pensó ella enjuagándose di-

simuladamente una lágrima que cayó en medio del pecho, sobre el relieve de una gran concha y de un tridente.

Al verse convertido en un imponente guerrero en solo unos segundos, el príncipe de Corinto besó apresuradamente a su madre, agradecido, y salió corriendo de la habitación.

—¿Adónde vas? —gritó Eurimede.

—¡Todavía debo llevar a cabo ese sacrificio! —respondió atolondrado y feliz mientras se alejaba por los pasillos en dirección a los establos.

∞∞

Se oía el canto risueño del agua, envolvente. Sin embargo, no había riachuelos ni fuentes por los que esta pudiera correr. Este misterio no parecía preocupar en absoluto al príncipe Hipónoo, que bajaba corriendo por calles y puentes sin reparar en ruidos ni paisajes. Al fin y al cabo, él se había criado en la ciudad y no ignoraba que los manantiales de Corinto, que descienden subterráneos por el corazón de la montaña, dejan sonar su melodía encantada a través de infinidad de orificios y diminutas cavernas que se distribuyen a ambos lados de las calles, entre las casas, incluso en mitad de las calzadas.

Ya casi había llegado a la fuente. Algunos recovecos atrás, el agua había emergido y circulaba por los bordes del camino, o también repartida por elegantes canalizaciones confeccionadas con cerámicas azules y rojas. Hipónoo se detuvo al fin frente a un hermoso templo construido en su integridad con mármoles blancos, sin relieves ni pinturas. Se protegió los ojos con las manos, pues la piedra relucía inclemente golpeada por un sol casi en su cénit que obligaba Hipónoo

a entrecerrar los párpados y desviar la mirada hacia el mar en un vano intento de escapar de sus rayos, que refulgían igualmente en sus aguas. Al final, impotente, cerró los ojos por completo.

Cuando, después de unos largos segundos, volvió a abrirlos, un imponente alazán removía el suelo frente a él con las patas delanteras. Ante la atónita mirada del príncipe, el animal sacudió su blanco lomo, del que se desplegaron dos níveas y plumíferas alas, como dos enormes olas que trataran de regresar al mar. Entonces el animal batió con fuerza sus alas mientras se erguía imponente sobre sus cuartos traseros, proyectando su enorme sombra sobre Hipónoo.

El joven quedó petrificado: la majestuosidad del caballo era más imponente de lo que había presenciado en sus sueños.

En ese instante, el animal posó sus cuatro pezuñas en el suelo y bufó con desdén.

Después, tal como había hecho siempre en los sueños de Hipónoo, se volvió e ignoró a su ilustre visitante. Sacudió su larga cola con desfachatez y se dispuso a beber el agua cristalina que brotaba de la fuente de Pirene. El potro estaba sediento, y no levantaba la testuz, como si se propusiera agotar toda el agua de la montaña.

Por fin, el príncipe reaccionó y se acercó con cautela al animal, que reaccionó ensayando un par de coces de advertencia.

Por toda respuesta, Hipónoo sacó de su zurrón el extraño artilugio, fabricado con barras de oro y cadenas de plata, que le había regalado Atenea. Lo sostuvo en alto con la mano derecha y, sin saber muy bien qué hacer con él, lo mostró al animal. De repente, como si el hijo de Eurimede hubiera pronunciado una palabra mágica, el caballo dejó de beber,

se volvió de nuevo y avanzó dos pasos en dirección al joven, relinchando sin rastro de animosidad. Seducido por la misma magia, Hipónoo se acercó a Pegaso guiado por una mano invisible y le acarició el lomo suavemente.

Probablemente era la primera vez que un mortal osaba poner sus manos sobre aquella salvaje bestia divina, pues su indómito carácter repelía con furia cualquier intento de domesticación. Sin embargo, Hipónoo, alentado por la docilidad del equino, prosiguió el ritual de caricias y palabras que acudían a su mente en un orden concreto, como si una voz femenina, más allá de su propia conciencia, se las susurrase dulcemente al oído.

Después de acariciar la frente de Pegaso, el joven príncipe pasó una larga correa por encima del cuello y de la crin del corcel mientras sujetaba con suavidad su cerviz. Hipónoo estaba muy nervioso, muchísimo más que en su sueño: por eso sabía que esta vez era real. Como tantas veces se representara en su cabeza, hizo que la pieza de metal ascendiera con mucho cuidado hasta tocar la boca de Pegaso, tratando de no golpear sus dientes. Un sonido hueco le indicó que había puesto el bocado a la bestia. Contuvo la respiración, esperando la reacción del caballo, pero no hubo ninguna. Entonces, con delicadeza, observando con estupor su propia osadía, introdujo su pulgar en la boca del animal.

Con aquel dedo en su boca, el hijo de Medusa separó las quijadas. Hipónoo sintió la tentación de retirar su mano, previendo la terrible mordedura. Pero sabía que si se mostraba dubitativo ahora, ya no tendría otra oportunidad, y ese pensamiento logró refrenar su impulso. Pegaso, entonces, lamió su mano. Fue en ese momento en el que el príncipe

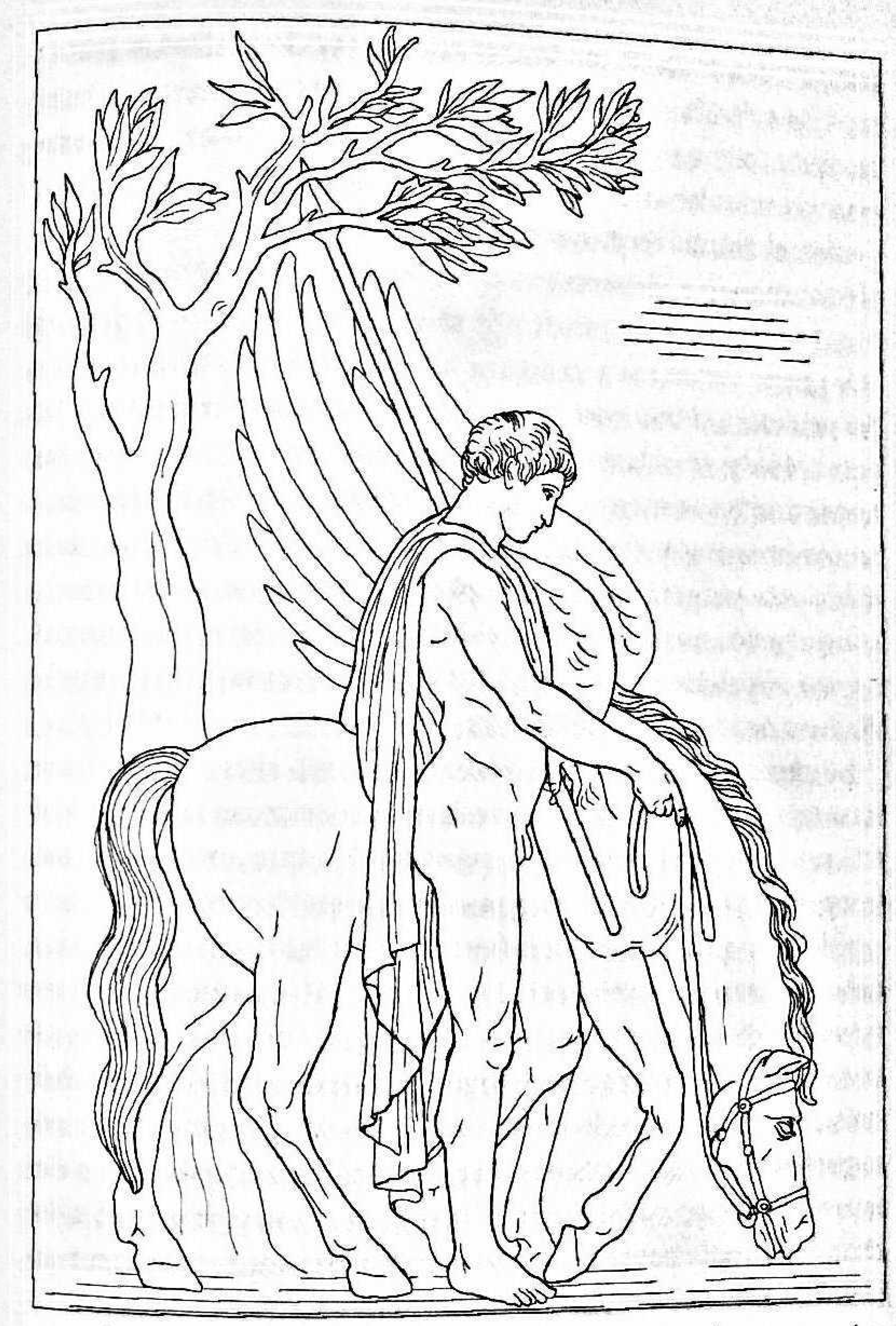
introdujo la pieza dorada más adentro, hasta que ya no pudo más. El caballo no protestó mientras fijaba aquella extraña pieza de oro en su boca. Esta vez, a diferencia de en su sueño, el joven supo que el caballo no escaparía.

Había llegado el momento de montar aquel ser salvaje. Una especie de vértigo y de sudor frío se apoderó del joven, que no ignoraba el peligro al que se enfrentaba. Su padre era un gran auriga, pero nunca se despegaron sus yeguas del suelo, y ahora su hijo se preguntaba si lograría volar montado sobre Pegaso con la misma destreza con la que su progenitor cabalgaba a sus potras. Las piernas le temblaban al pensar la respuesta, por muchas que fueran las lunas que habían pasado a la espera de aquel momento.

El respeto que le infundía el divino corcel, sin embargo, no le hizo retroceder un ápice en sus aspiraciones. Aunque la caída fuera alta, no podía regresar a Corinto sin tocar los cielos.

El recuerdo de Atenea prometiendo que no lo dejaría solo le infundió determinación: agarró la crin del corcel y se impulsó enérgicamente hacia arriba, procurando no darle tiempo al caballo de desplegar las alas para no herirlo.

Hipónoo cayó encima del lomo pesadamente sin que su montura se inmutase por ello. El flamante jinete tomó las riendas que descansaban sobre la florida crin, tensándolas con suavidad. Al sentir la fuerza en su boca, el potro echó la cabeza hacia atrás, sobresaltado. El cuerpo del jinete se tambaleó, pues las inmensas alas de la bestia lo obligaban a sentarse casi a horcajadas, sin poder cincharlo. En un acto reflejo, enredó sus piernas bajo las alas del animal como si fueran espuelas, y así consiguió mantenerse en equilibrio. Apenas volvía su espalda a tomar la posición erguida del



Tras poner el freno dorado a Pegaso, Hipónoo supo que el corcel no se escaparía.

auriga cuando la divina montura encorvó los cuartos traseros. Sin soltar las bridas, se sujetó al pelo de la crin con fuerza, apretando su cuerpo contra el lomo del corcel. Cuando estuvo tan enlazado a Pegaso que confundía su lomo con su pecho, el animal se proyectó hacia delante y, con un batir de alas, comenzó a elevarse.

◇◇◇

Al principio, Hipónoo creyó que no lograría mantener el equilibrio y resbalaría por la suave piel de su montura. Su temor fue en aumento cuando las torres más altas y los extensos bosques se alejaron de su visión, haciéndose cada vez más y más pequeños. Cuando por fin creyó que empezaba a controlar los movimientos del corcel, su montura comenzó a girar caprichosamente por los aires, convirtiéndolo en la víctima de sus aéreas acrobacias.

Súbitamente, el caballo alzó el vuelo tan alto que, por un momento, Hipónoo pensó que la divina criatura regresaba al Olimpo, al que pertenecía. Hipónoo sabía que, como mortal, le estaba vedado atravesar sus puertas, y esperó fervientemente que la idea que cruzaba su cabeza no atravesara también la del caballo. En aquel momento, Pegaso pareció cambiar repentinamente de idea y se lanzó en picado hacia el agua. Observar la tierra y el mar acercándose a toda velocidad le infundió más temor de lo que le diera verlos alejarse y, cuando estuvo seguro de que la criatura se sumergiría en lo más profundo de la morada de su padre, cerró aún más los ojos y se aferró a la crin. Esta era la advertencia del adivino, pensó; había sido tan orgulloso como sus ancestros y de nuevo sobre su casa caía el castigo divino, se dijo mientras esperaba fervorosamente

que el caballo enderezara el vuelo. Entonces, el animal, alargando su cuello hasta casi parecer un enorme cisne, desplegó por completo sus alas y rectificó el vuelo, mientras las piernas de su jinete atravesaban las olas que habían estado a punto de sepultarlo. Tras escapar a la alta ascensión del jumento para luego deslizarse sobre la espuma de las aguas, en lugar de naufragar en ellas, una idea se fue abriendo lentamente paso en la mente de Hipónoo. Se imaginó a sí mismo, como en sus sueños, realizando cabriolas en el aire. Inmediatamente, su mirada dejó de coincidir con la línea del horizonte, y el jinete se sentía, al igual que en sus ensoñaciones, como si se hubiera sumergido en una esfera de cristal decorada con cultivos, arboledas, mares y ciudades. Algo desorientado, deseó que el corcel tomara un plácido vuelo que le permitiera gozar de la hegemonía que sobre el cielo le concedía montar a Pegaso. Al instante, la bestia detuvo sus aéreas fantasías y batió rítmicamente sus alas en un majestuoso vuelo.

Hipónoo comprendió entonces que, de algún modo, el hechizado brocal de la diosa unía el pensamiento de la montura a la suya de forma casi corpórea. Maravillándose ante la idea, se obligó a imaginar movimientos suaves, a sentirse seguro encima de la grupa, a proponer mentalmente giros elegantes y poco bruscos, que el corcel ejecutaba con la mayor naturalidad, como si se tratara de su propia voluntad. Confiando cada vez más en sus dotes como jinete, se atrevió a subir más arriba, hasta las nubes, y a fantasear, a pocos pies del agua, con la absurda idea de que galopaba sobre la espuma del mar.

Mientras disfrutaba realizando su más atávico anhelo, Hipónoo fue consciente de que jamás había soñado que des-

cabalgaba a la bestia, pues siempre que se imaginaba sobre Pegaso, lo hacía acompañado por el batir de sus blancas alas. Intentó dar al caballo la orden de detenerse, pero no funcionó: el corcel seguía surcando los cielos ajeno a las órdenes de su jinete. Dejó entonces de revivir sus sueños y se concentró en crear imágenes nuevas, temeroso de no descender jamás de las alturas. Proyectó en su mente la imagen de sí mismo sobre el corcel de los dioses aterrizando suavemente sobre los llanos de Pirene y, tal como sucediera segundos antes en su pensamiento, las alas del animal se abrieron de par en par para descender planeando suavemente hasta posarse en la fresca y mullida tierra, donde se replegaron con suavidad en torno a sus piernas. Durante un breve tiempo pasearon por el llano como si fueran un caballo y un jinete cualesquiera, en lugar del corcel divino y el hombre que lo había domado con la ayuda de la más sabia de las divinidades olímpicas.

Todavía no había asimilado totalmente su hazaña cuando dentro de su pecho nació el deseo febril de hacer partícipes de su gran proeza a todos sus súbditos, a su madre y a su hermano. Quería que todo el mundo fuera consciente de la grandeza de Hipónoo, del linaje de Éolo. Incluso imaginaba la reacción de su pueblo mientras sobrevolaba con el níveo vástago de la gorgona las fraguas y los mercados, anticipando la veneración de sus rostros. En todos los hogares se contaría su prodigiosa hazaña, e incluso cuando la vida hubiera abandonado su cuerpo, su recuerdo persistiría tan vivo como el fuego ante el cual repetirían su historia, llenando la estancia con la embriaguez de la lucha y el orgullo de la victoria.

Tan dulces augurios encendieron su ánimo y, espoleado por su deseo, Pegaso alzó suavemente el vuelo hacia el palacio de sus antepasados.

◇◇◇

Cabalgando, incluso a paso ligero, habría necesitado bastante tiempo para desplazarse desde la fuente de Pirene hasta la puerta de palacio, pero, desde las alturas, las distancias en tierra se reducían enormemente. Con un simple aleteo de Pegaso había ascendido hasta el remanso de las nubes, deteniéndose en aquella blanda almohada de vapores. Entonces, Hipónoo reconoció en una mancha parduzca rodeada de grandes vergeles el palacio de sus antepasados: contagiado por su impaciencia, el corcel alado se precipitó hacia allí.

Mientras se acercaba a toda velocidad, su corazón latía de excitación pues en la terraza superior del palacio, pintada con delicados tonos cobrizos, le pareció distinguir las figuras de su madre y su hermano Bélero, tirano de Corinto, quienes, reconociéndolo, levantaron las manos extasiados para saludarlos.

Con la emoción de ver a su familia, la mente de Hipónoo perdió concentración, y el caballo alado comenzó a realizar movimientos imprevistos. Ante el temor que expresaban los rostros de su madre y la desconfianza de su hermano, Hipónoo perdió entonces la determinación que su hazaña con Pegaso le diera, y no lograba recuperar el control del animal pues su mente, ocupada en desear la aprobación de los suyos, había perdido el domino de la bestia. En su descontrolado vuelo, Pegaso hacía caer ornamentos de las balaustradas y volcaba grandes macetas a golpes de pezuña, sembrando el pánico en palacio. En ese momento, el joven príncipe com-

prendió que si se dejaba vencer por el pánico, ni siquiera el freno de Atenea lo ayudaría a controlar la fogosidad del bruto.

Cerró los ojos, tratando de olvidar todo aquello que no fueran su montura y él. Entonces Pegaso, ante los asombrados ojos de la multitud, ascendió delicadamente por encima del palacio, describiendo una armónica espiral.

Hipónoo respiró aliviado. Con la bestia de nuevo bajo su mando, dirigió la mirada hacia su familia. Bélero reía con las efímeras travesuras del potro alado y las dificultades que su hermano menor tenía para controlarlo. Eurimede, sin embargo, no compartía esa despreocupación y la inmovilidad de su cuerpo reflejaba que no había recuperado su natural aplomo.

La intranquilidad de su madre desvió una vez más la concentración del príncipe. Como consecuencia, Pegaso, liberado de nuevo, aprovechó para realizar una maniobra inesperada, precipitándose como una saeta contra sus parientes. Hipónoo, esta vez, no tuvo suficiente entereza de espíritu para recobrar la calma: tiró del freno y gritó, pero la trayectoria de aquella lanza de carne y hueso no parecía detenerse, como si su mortífero propósito fuera el de embestirlos.

Impotente, el pánico invadió la mente del joven. Imaginaba a su madre en el suelo, sangrando por su culpa, y a su hermano malherido a causa quizá de una coz en la cabeza.

Cuando este temor cruzó su pensamiento, un golpe del ala derecha del animal hizo caer a Eurimede por el suelo. Apenas había asomado el terror a los ojos del jinete cuando, al momento siguiente, sintió que su montura realizaba un brusco movimiento con los cuartos traseros. Preso de un funesto presentimiento, Hipónoo volvió bruscamente la cabeza, justo a tiempo de contemplar cómo la pezuña izquierda

del alazán percudía en la frente del joven monarca, que rodó por encima de los mármoles, mezclando el rojo de su sangre con el color encarnado de las baldosas.

Ante la sangre derramada de su hermano, el grito que la angustia había retenido en la garganta de Hipónoo escapó al fin. Pegaso, como si advirtiera que en aquel grito había algo más que una orden, se detuvo en seco en la misma terraza.

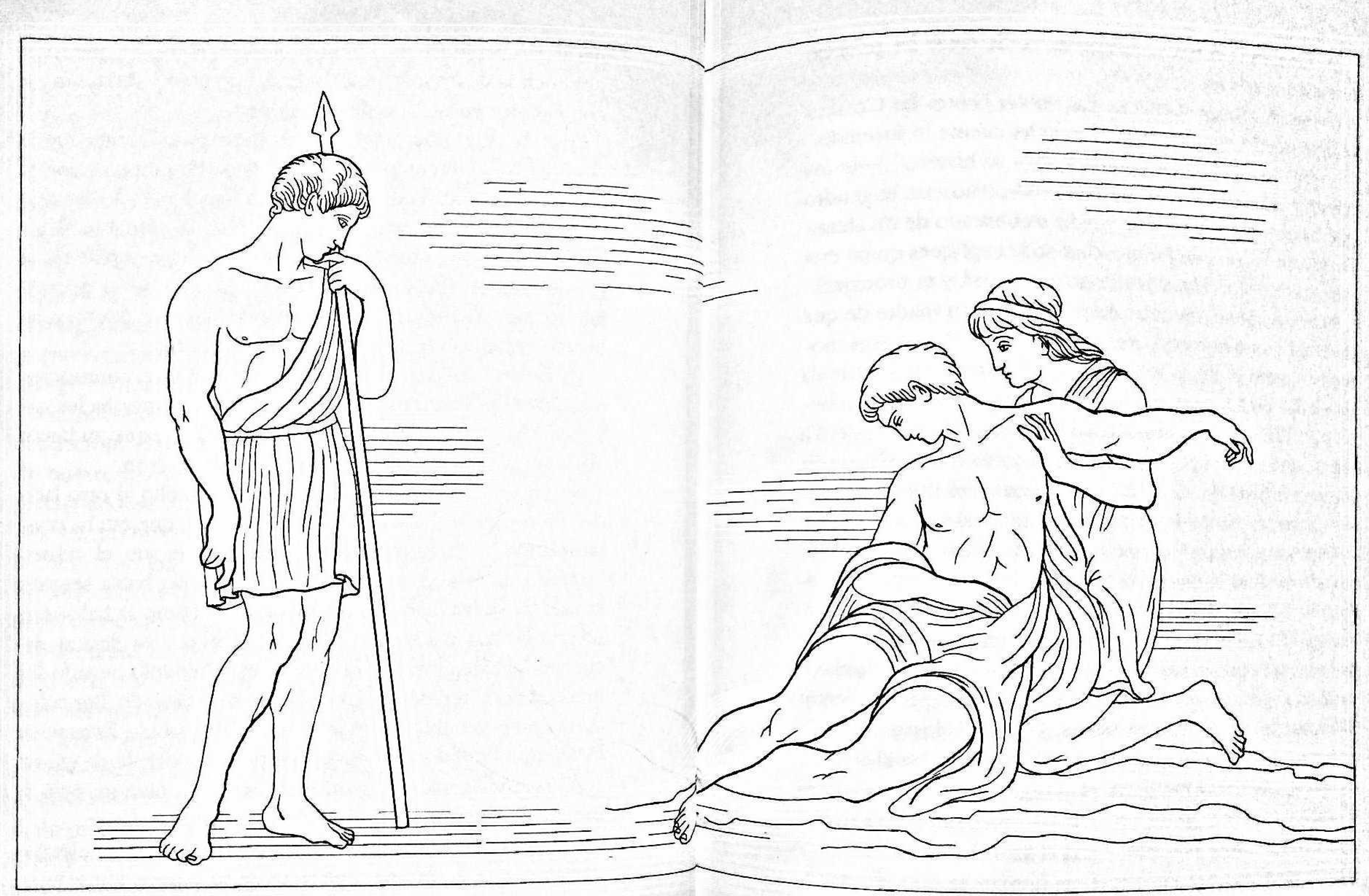
Hipónoo saltó precipitadamente al suelo y corrió hacia los dos caídos. Eurimede, arrodillada al lado de su primogénito, parecía ahogarse en sus propias lágrimas mientras su blanco vestido se teñía con la sangre de su hijo.

—¡Bélero! ¡Bélero! —repetía Eurimede que, conmocionada ante tan sanguinario acontecimiento, se mesaba los cabellos y se golpeaba la cabeza, como si esos gestos pudieran aliviar el pánico que le había invadido el corazón.

Su hijo no reaccionaba. Hipónoo se arrodilló al otro lado del cuerpo de su hermano, incapaz de creer que estaba contemplando sus temores realizados. Entonces vio el cráneo hundido de Bélero y supo que su arrogancia había sesgado la vida de su hermano. Hipónoo recordó cómo le había enseñado a cazar y a batirse, a utilizar el arco y las flechas, escuchándolo siempre con cariño y defendiéndolo cuando los preceptores le reprendían por jactancioso y alocado. Por culpa de esa prepotencia que los años no habían sabido llevarse, su hermano, el mejor de los de su estirpe, había dejado de existir.

Alzó la vista hacia su madre buscando su perdón, pero la mirada de Eurimede no albergaba compasión alguna.

—Dirán que lo has matado para poder ocupar su lugar —exclamó ante la mirada suplicante de su hijo—. Huye lejos, hasta que el tiempo sepulte este aciago acontecimiento.



Hipónoo comprendió que su arrogancia había sesgado la vida de su hermano Bélero.

El involuntario fratricida apenas podía creer las palabras que estaba oyendo.

—No sé adónde ir, madre. Las nobles gentes de Corinto comprenderán esta desgracia cuando les cuente lo sucedido.

—¿Acaso esperas que alguien se crea tu historia? —le interrumpió la reina—. Llévate a este monstruo, este engendro que ha ennegrecido tu alma y te ha secuestrado de mi afecto. Dirígete a la corte de Tirinto: cuando le expliques quién eres y lo que ha ocurrido, el rey Preto te acogerá y te protegerá.

Hipónoo pensó en tratar de convencer a su madre de que su deber como hijo era permanecer junto a ella en esos momentos, pero el brazo extendido de Eurimede y su mirada de piedra no admitían réplica. Cabizbajo, sin atreverse a besar por última vez al hermano a quien tanto había amado o a rogar la bendición de la mujer que lo había traído al mundo, se dirigió hasta donde lo esperaba Pegaso. El divino animal resoplaba ignorante del dolor que acababa de provocar.

Hipónoo, desgarrado por las palabras de su madre, montó marcialmente a la mortífera bestia. Cerró los ojos, intentando inútilmente apartar de su mente el cadáver de su hermano. El caballo no se movía, y su madre, tan irritada por su presencia como temerosa de su futuro, volvió a exhortarlo con gritos a que se fuera. Hipónoo, incapaz de seguir escuchando sus reproches, apretó los párpados y trató de concentrarse. Tras unos segundos, logró recordar el mar en el que hacía solo unas horas planeaba eufórico a lomos de Pegaso y el caballo alado, sin darle tiempo a mirar a su madre por última vez, se precipitó hacia el azul del cielo.



3

La calumnia de Antea

La desesperación de haber dado muerte a su hermano pronto se transformó en una furia irrefrenable contra Pegaso. Hipónoo, no pudiendo resistir estar abrazado al lomo del asesino, abandonó al hijo alado de Medusa en las blandas praderas de Pirene. No se dignó siquiera a dirigirle una última mirada, tan solo le quitó el freno y huyó corriendo. Necesitaba culpar a alguien de su desgracia. Su corazón acongojado quería convencerse de que odiaba al potro: sí, lo odiaba tanto como antes lo había deseado. No lo montaría nunca más.

Pegaso, que bebía de la fuente sagrada, vio cómo su domador desaparecía, sacudió la cabeza y escupió un hilo de agua sobre un cardo de penacho violeta que empezaba a florecer.

◇◇

Antes de que se extendiera la noticia de la muerte de Bélero, Hipónoo se disfrazó con ropas humildes, recogió sus

cosas y lo cargó todo en una mula. Después, sin despedirse de nadie, se encaminó hacia el sur, hacia la esplendorosa tierra de Tirinto, también, como Corinto, al noreste del Peloponeso.

No parecía que la noticia viajara más rápido que él pues, aunque tardó día y medio en llegar, ningún rumor alcanzó sus oídos mientras recorría su camino. Cuando estuvo a las afueras de la ciudad, se detuvo en una posada y pidió una habitación con el propósito de cambiarse de ropa, pues temía que no le dejaran traspasar las puertas de palacio si no aparentaba ser una persona distinguida. A medida que su aristocrática vestimenta le iba cubriendo el cuerpo, Hipónoo sentía que cada prenda actuaba como un bálsamo sobre su espíritu angustiado, y conforme recuperaba su regia presencia también recobraba el aplomo y sus pesares se alejaban hasta desvanecerse.

De repente, se dio cuenta de que la sensación de bienestar se debía a una actitud menos placentera: su sempiterna arrogancia se acomodaba sin remilgos en lo más profundo de su corazón, la misma que, días atrás, le achacara el viejo Poliido. Un profundo sentimiento de culpa se apoderó del alma del joven desterrado, pues se veía abocado a padecer la misma soberbia que sus antepasados.

Furioso consigo mismo, se arrancó la magnífica ropa de un tirón y se presentó en la puerta de palacio vestido con el mismo miserable atuendo que había preservado su identidad durante el camino.

Al verlo llegar, los soldados le cerraron el paso, pero Hipónoo no se amedrantó, pues ya había contado con ello.

—Traigo un importante mensaje para el rey —mintió.

Acto seguido, desenrolló el fardo de la mula y les enseñó una punta de la broncínea coraza de su padre. Admirado, uno de los guardias lo escoltó hasta una de las cámaras de visita del rey.

Mientras Hipónoo esperaba a ser recibido, se acercó a la ventana y contempló admirado el magnífico puerto de Tirinto, lleno a rebosar de grandes embarcaciones comerciales y de alegres barquichuelos de pesca. El muelle chispeaba de actividad: mozos de cuerda descargando las mercancías, ricos mercaderes dando órdenes y vociferando arengas, y chiquillos que aprovechaban el tumulto para hurtar la fruta sin que nadie se diera cuenta. Las patrullas de soldados intentaban inútilmente devolver el orden a todo aquel desbarajuste. Hipónoo sonrió sin darse cuenta, e inmediatamente se sintió culpable de una alegría que creía que no tenía derecho a experimentar.

De improvisto, una sombra fugaz atravesó el cuadro vivo de aquella multitud jubilosa, como si un soplo de viento hubiera arrastrado una nubecilla descarriada por encima de la ciudad. La multitud miró hacia el cielo para después llevarse una mano a la boca que no pudo contener sus gritos. La sombra sobrevolaba rauda el gentío en giros inciertos. La muchedumbre se tiraba de las túnicas y señalaba hacia arriba con expresión de asombro. Hipónoo, espoleado por la curiosidad, sacó la cabeza por la ventana y siguió la dirección que le indicaba el gentío: Pegaso cabriolaba entre los tejados como un chiquillo juguetón.

Apenas podía creer lo que veían sus ojos. Durante un momento, creyó encontrarse de nuevo en otro de sus obstinados sueños. Impotente, Hipónoo se apartó de la ventana,

negándose a conceder más tiempo al responsable de sus angustias. Al volver de nuevo la vista al interior de la estancia, no tuvo tiempo de modificar su expresión: el enojo y la sorpresa se mezclaron en ella al darse cuenta de que, justo detrás de él, una bellísima mujer lo miraba con curiosidad. Debía de llevar un buen rato observándolo en silencio.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —preguntó. El tono de su voz no traducía temor ni amenaza.

—Espero ser recibido por el rey, señora —balbuceó.

La recién llegada no le dejó terminar la frase.

—¿Qué sabéis de este caballo alado que asusta a nuestra gente? Deduzco, por la expresión de tu rostro, que no te es desconocido.

—Es mío —respondió el joven príncipe de Corinto sin pensar dos veces sus palabras.

No obstante, al mismo tiempo de pronunciarlas, ya se había arrepentido de decirlas.

—Mi nombre es Antea —se presentó—, esposa de Preto y reina de Tirinto.

Hipónoo lamentó de nuevo su arrogancia. Avergonzado, se arrodilló y agachó la cabeza en señal de sumisión.

—Levántate y cuéntame tu historia —ordenó la reina—. La ropa andrajosa que portas no me convencerá de tu condición de mendigo. Tu cara, tus manos, todo tu cuerpo delatan tu ilustre cuna. Y además —Antea sonrió socarronamente—, no todo el mundo posee un caballo que vuela.

Ambos dirigieron la vista a la ventana al unísono, pero Pegaso había desaparecido.

Hipónoo contó a la soberana de Tirinto todas sus desventuras, aliviado de tener la oportunidad de confesar su culpa.

—Así que tú eres Belerofonte —le interrumpió la reina—, el que ha dado muerte a Bélero. Un emisario al galope ha llegado esta madrugada desde Corinto con un mensaje: dar muerte al fratricida.

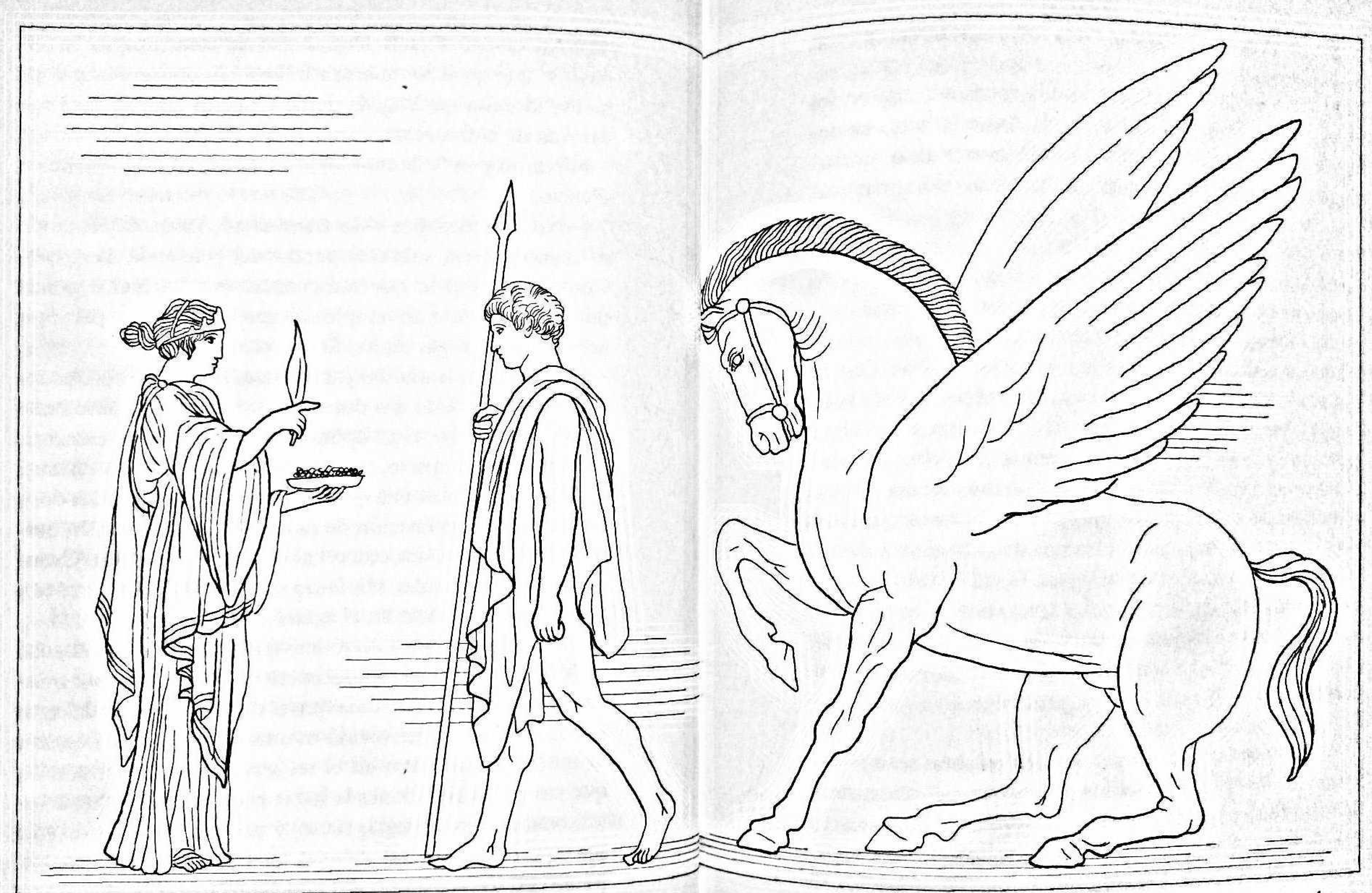
Hipónoo y su bella interlocutora se miraron fijamente en silencio.

—No te preocupes —lo tranquilizó Antea, depositando su mano abierta sobre el pecho del jinete de Pegaso—. Comprendo, por lo que me cuentas, que los hados te han sido funestos. Pero ahora que sabemos que eres un príncipe, necesitas unas ropas dignas de tu condición.

Dicho esto, aplaudió un par de veces con las manos. Aparecieron de inmediato dos doncellas que, atentas al gesto de su señora, acompañaron a Hipónoo hasta una cámara cercana.

En medio del cuarto, ornamentado con coloridas pinturas en las paredes, había una delicada pileta de mármol. Las doncellas, con una inclinación de cabeza, desaparecieron en busca de ropas adecuadas, como había ordenado la reina. Cuando se encontró a solas, Hipónoo se despojó de sus harapos y se apresuró a penetrar en el agua límpida.

El príncipe corintio cerró los ojos y se abandonó al gozo de la sensualidad y el reposo mientras sentía cómo sus músculos se relajaban. A medida que el efecto reparador del agua calmaba su turbación, olvidó momentáneamente a Pegaso y su mente se entretuvo en el recuerdo de la hermosa reina que tan gratas atenciones le había prodigado. Aunque acostumbrado a que egregias reinas y princesas acompañaran a sus esposos cuando sus deberes los llevaban a Corinto, Hipónoo no había encontrado nunca una mujer tan fascinante como Antea.



Hipónoo contó a Antea sus desventuras, aliviado por poder confesar su culpa.

Las sirvientas, provistas con ricos ropajes, interrumpieron su pensamiento.

El joven corintio se vistió con diligencia, admirando los ricos bordados y la suavidad de la tela. Antea le había enviado vestidos dignos de un rey. Cuando estuvo listo, un sirviente entró en la estancia para conducirlo al salón principal.

◇◇◇

Cuando entró en el gran salón, el rey Preto lo contemplaba con atención. Era un individuo corpulento, con la barba gris y una diadema dorada en su frente. A Hipónoo le pareció que el monarca dejaba transcurrir un largo espacio de tiempo, esperando alguna explicación. Inquieto, volvió la vista hacia la reina, que se encontraba junto a su esposo, esperando algún gesto que le indicara el comportamiento que debía adoptar.

Fue entonces cuando el príncipe se dio cuenta de que el cuerpo de aquella mujer, que con tanto cariño le había acogido, solo estaba cubierto con una delgada túnica de lino que se ceñía blandamente a su figura. El rubor subió entonces a las mejillas de Hipónoo. La reina sonrió ligeramente, consciente del efecto que producía en su invitado.

—Mi esposa me ha contado tus desventuras —dijo finalmente el rey—. Y que Pegaso te pertenece.

El príncipe tosió, incómodo.

—No me atrevería a afirmar que esas palabras sean ciertas —respondió—, he volado sobre él, pero no estoy seguro de que me obedezca —respondió con humildad.

—Pero te ha seguido hasta aquí —replicó el monarca—. Deseo escuchar la historia de tus propios labios antes de marcar tu destino.

El jinete del caballo alado repitió por segunda vez el relato de sus desventuras. Preto lo escuchaba con mucha atención, como si se tratara de un rapsoda. A veces lo interrumpía pidiendo aclaraciones o tratando de anteponerse al triste desenlace de la historia. Para el joven príncipe fue una sesión agotadora, pues el relato no finalizó hasta que el sol se tiñó de tonalidades cobrizas.

Cuando terminó su narración, el monarca contempló al joven que tenía delante con conmiseración. Comprendía el sentimiento de culpa que embargaba a su huésped y, al mismo tiempo, entendía que Hipónoo no era el responsable de la muerte de su hermano. Dejó que pasara un tiempo en silencio mientras meditaba su decisión.

—Vendrás al templo conmigo. Pide clemencia a los dioses, diles que nunca más volverás a montar a Pegaso si no es para salvar a los hombres o glorificar a los dioses. Arrepiéntete de la obsesión y de la vanidad que han acabado provocando la muerte de tu hermano y realiza libaciones por tu madre y por el alma de Bélero. Hazlo todo de corazón, y sacrifica un cordero a Zeus, el señor de los dioses y los hombres, y jura lealtad a este reino y a su rey. Solo entonces estarás limpio de toda culpa y así se lo explicaremos a los emisarios de Corinto, y compartiremos un banquete para celebrarlo.

◇◇◇

Tras seguir fielmente las indicaciones del rey de Tirinto, Hipónoo pudo al fin participar del banquete real.

Lo acompañaban los hombres principales de la ciudad: ministros, generales y jefes de familia. A su lado, Preto devoraba los sofisticados manjares. Los efluvios del vino habían

enardecido su ánimo, y se reía con satisfacción de las historias con las que lo agasajaban sus comensales.

El príncipe corintio lo contemplaba agradecido, pues tras seguir su consejo por fin se sentía perdonado. Incluso le parecía que su madre, en la lejanía, volvía a contemplarlo amorosamente. También sentía que, purificado tras el sacrificio, podría volver a montar a Pegaso.

Libre del fardo que había llevado consigo todo ese tiempo, Hipónoo disfrutaba del espectáculo que los bailarines de palacio ofrecían imitando el combate de las fieras, o de los rapsodas que entonaban las hazañas de los héroes. A medida que el banquete transcurría, rendido a los poderes del vino, se reía con más fuerza de las chanzas del rey.

Lentamente, sentía cómo se adormecían sus reflejos, y que le era más difícil comprender los ingeniosos brindis de los comensales. Temeroso de que la paz que le aportaban los cálices que apuraba se transformara en melancolía, pidió permiso para retirarse. El rey, enfrascado en una acalorada discusión sobre las artes de la caza, le despidió con un gesto despreocupado y pidió otro vaso de vino.

◇◇◇

Hipónoo avanzaba por los interminables pasillos iluminados por antorchas y lámparas de aceite camino a sus aposentos. Poco a poco, las carcajadas de los invitados se fueron apagando. Había bebido más de lo que era habitual en él, y sus pasos no eran tan seguros como cuando entrara al salón. Entonces se dio cuenta de que se había extraviado entre los corredores, iguales todos a la luz del fuego. De repente, unas risas le indicaron que se encontraba de nuevo en el lugar

de partida. Siguió el sonido del gentío, pues allí encontraría un sirviente que lo conduciría hasta su alcoba, pero, al intentar entrar en el salón, unos guardias le cortaron el paso. En su desorientación, había llegado hasta el gineceo, donde las mujeres celebraban su propio banquete apartadas de las miradas de los hombres. Desconcertado y balbuceando sus excusas, regresó avergonzado a los pasillos. Entonces, cuando ya pensaba que pasaría la noche perdido, sintió una mano que lo tocaba suavemente en el hombro. Al volverse, descubrió el rostro sonriente de la reina.

◇◇◇

Antea había sido informada de que el forastero, desorientado, había tratado de entrar en el gineceo. La reina entonces, alegando un cansancio provocado por la enorme preparación que el banquete de su esposo había requerido, se despidió de sus comensales. Pero, en lugar de acudir a su lecho, fue al encuentro del joven extranjero.

—Puedes domar al hijo de la Medusa, Hipónoo, pero no puedes hacer lo mismo con los vapores del vino —se burló—. Apóyate en mi hombro —continuó—, yo te guiaré a tus aposentos.

Hipónoo, agradeciendo de nuevo la bondad de la reina, hizo como le indicaba, tanto por la confianza adquirida en aquel día de revelaciones y propósitos, como para mantener el equilibrio que le había socavado el espíritu travieso de la bebida ingerida.

—Es aquí —dijo la reina, deteniéndose ante una magnífica puerta pintada de un color verde suave y con las molduras doradas.

Hipónoo empujó la puerta. La habitación era cálida, con escenas protagonizadas por los dioses dibujadas en los muros. La cama, ancha y elevada, estaba cubierta con una sábana de blanco lino.

Había llegado la hora de despedirse. Hipónoo se volvió bruscamente hacia Antea y su mirada se encontró con la de la reina. Le pareció que transcurría una eternidad: los ojos fijos en los ojos, las bocas mudas. Las teas dibujaban el firme contorno del cuerpo de Antea, y bajo su luz la cabellera de la reina adquiría la luminosidad del fuego. Tras unos instantes infinitos, la reina puso de nuevo la palma de su mano sobre el pecho del jinete de Pegaso. Hipónoo, entonces, agachó la cabeza y besó apasionadamente a su anfitriona, que nada opuso a su deseo. De repente, el príncipe de Corinto se detuvo, súbitamente consciente de la grave ofensa que estaban cometiendo.

—No puedo traicionar así la confianza de mis benefactores. No puedo traicionar a Preto, lo he jurado ante los dioses. Te ruego que perdones mi debilidad y olvides mi deslealtad —dijo, deshaciéndose de su abrazo—, pues no niego que mi deseo hacia ti me ha hecho olvidar las leyes de la hospitalidad que a tu esposo y a ti os son debidas.

Antea comprendió por el tono de voz de Hipónoo que la decisión del príncipe era firme. Se separó de él con egregia frialdad y, furiosa por el rechazo que escondían sus palabras, exclamó:

—Piensas en lo que le debes a mi marido, pero no te duele herir con la hipocresía de tu discurso a aquella que te acogió y te perdonó en primer lugar. Rechazándome de este modo, acabas de trazar los senderos de tu destino.

Dando media vuelta sin volverse a mirarlo, la reina se infiltró con paso soberbio entre las sombras.

◇◇◇

En la sala del banquete, las risas continuaban. Antea entró de improviso en el mégaron sollozando terriblemente y se dejó caer de rodillas ante su rey.

El silencio, entonces, se apoderó de la sala. Preto, con gran preocupación, le pasó un brazo por la cintura, y la invitó a sentarse en uno de los bancos.

Los sollozos de Antea se agudizaron.

Preto era presa de una gran desazón, su consorte jamás había tenido un comportamiento semejante. Algo grave debía de haberle sucedido, pues no conseguía que su esposa dejara de llorar.

—Dime qué ocurre, Antea. Debo saber qué desgracia ha acontecido bajo mi techo.

La reina, entre sollozos, explicó el fatal suceso a su esposo.

—Esta noche tu huésped, el mismo que te ha jurado ante Zeus lealtad y obediencia, me ha deshonrado.

Tras realizar esta confesión, reinició su llanto aún con más intensidad.

Mientras abrazaba con fuerza a su esposa, la mente turbia del monarca lentamente tomó conciencia del sacrilegio del que había sido víctima.

—¡Que venga la guardia! ¡Que me traigan atado de pies y manos a ese desagradecido, a ese traidor! —dijo sin poder contenerse.

Ante la airada reacción del rey, uno de sus consejeros se atrevió a intervenir.

—Espera, señor —dijo—, sabes que es contrario a las leyes divinas atentar contra un huésped. Si ahora lo castigas, los eternos enviarán otros castigos sobre tu reino.

El rey lo miró enfurecido.

—¿Qué sugieres? —rugió Preto—, ¿que deje sin castigo un ultraje como este?

El consejero, adecuando sus palabras a la delicadeza del momento, respondió:

—Tú no puedes castigar a tu huésped, señor, pero otro puede ejecutar la venganza en tu lugar.

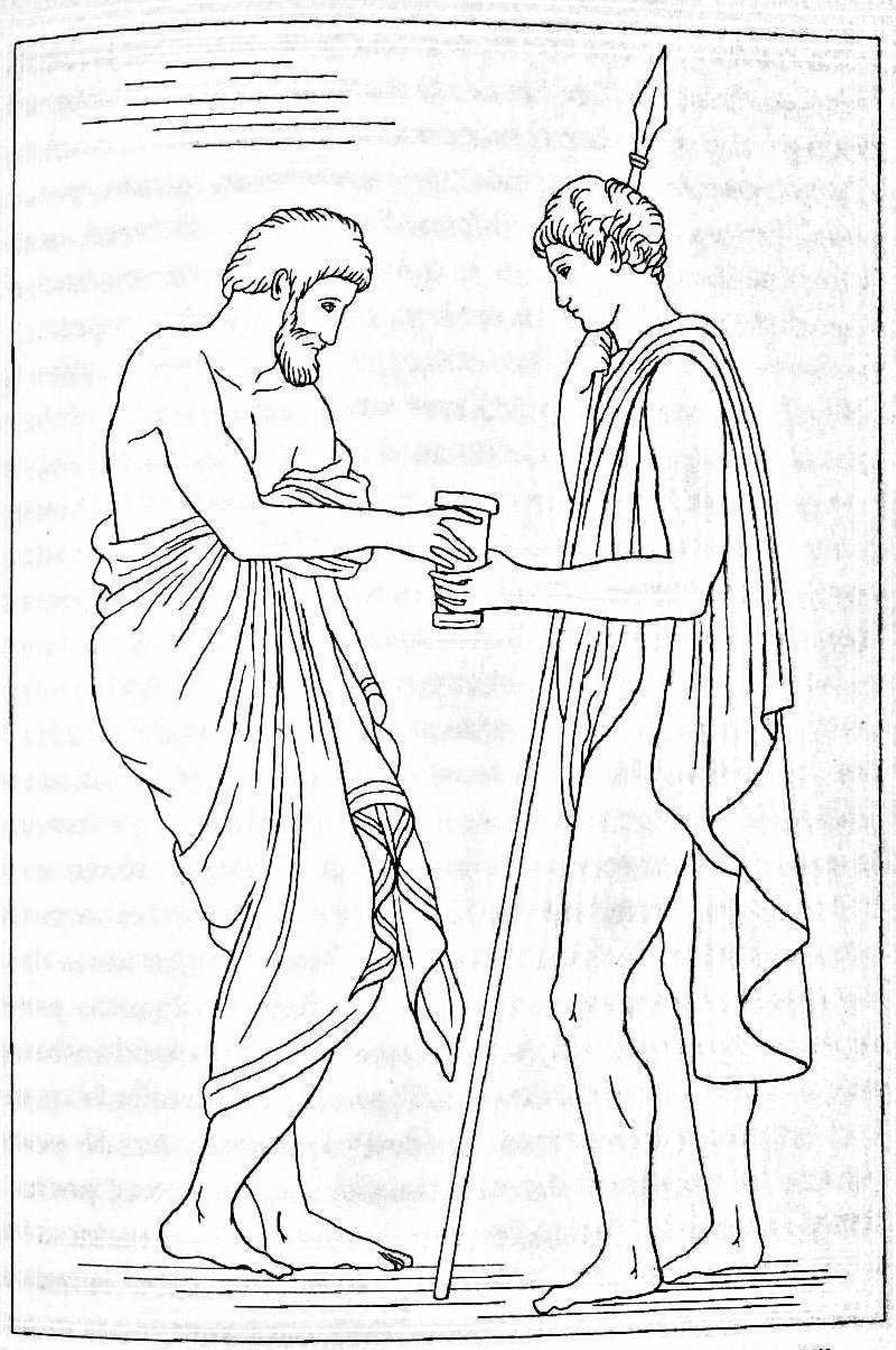
Al oír al ministro, la reina se puso en pie. Si su esposo seguía el consejo, purificaría su cuerpo en la fuente de la diosa Ártemis, anunció secando el rastro que habían dejado en sus mejillas las últimas lágrimas.

◇◇

Al alba, Preto convocó a su invitado en el gran patio del palacio. La explanada estaba vacía, solo estaban presentes los dos hombres y la guardia personal del rey.

Hipónoo acudió cabizbajo, pues la culpa que sintiera la noche anterior, lejos de disiparse con la luz del nuevo día, había calado más profundamente en su ánimo. Cuando estuvo ante el rey cerró los ojos, deslumbrado por el sol que se filtraba entre las simétricas columnas.

—Belerofonte —pronunció el rey con solemnidad—, sé que deseas volver a tu tierra, pero antes quisiera pedirte un favor. Debo enviar un mensaje urgente a mi suegro: Yóbates, rey de Jantos. Solo puedo entregarlo a alguien de confianza, y tú me has jurado lealtad. Si aceptas, pondré a tu disposición uno de mis barcos.



Preto convocó a su invitado y le entregó un mensaje urgente para el rey Yóbates.

Los sentimientos de Hipónoo eran contradictorios, y el sol rojizo que lo cegaba no le ayudada a aclarar sus pensamientos. Nada parecía sospechar el monarca de lo sucedido la noche anterior, pues le encomendaba una importante misión, pero al mismo tiempo lo humillaba llamándolo Belerofonte, el asesino de Bélero, como si quisiera recordarle en todo momento la desgracia de la cual era responsable. De repente, el sol dejó de deslumbrarlo.

Una nube extraña proyectaba su sombra huidiza sobre las losas del patio, acompañada de un viento repentino.

Pegaso, el magnífico hijo de Poseidón, como si hubiera comprendido la urgencia de la misión, descendía batiendo majestuosamente sus inmensas alas, relinchando con alegría.

Hipónoo sintió que el corazón le latía con fuerza. Todas sus dudas se desvanecieron al instante. Sacó el freno de Atenea de su bolsa y, acercándose al equino, se lo colocó con delicadeza. Parecían dos viejos compañeros que se hubieran reencontrado después de un largo tiempo de separación. El príncipe había borrado de sus recuerdos la imagen del cuerpo inerte de Bélero en la terraza de las torres de Corinto. En aquel momento, solo era capaz de visualizar el sueño recurrente de sus noches y sus días: él y el hijo de Medusa cabalgando por el cielo, y el placer de aquel contacto, de aquella servidumbre aparente, que le henchía de gozo. Tomó la tablilla sellada que le ofrecían las manos temblorosas de Preto, inmovilizado por la escena que se desarrollaba ante sus ojos, y montó el potro blanco del Olimpo, que se levantó de manos alborozado.

—No necesitaré ningún barco para llevar a cabo la misión que me encomiendas —exclamó exultante—, nunca dispondrás de un mensajero tan veloz.

El rey Preto, subyugado por el prodigio, no se atrevía a dar rienda suelta a su deseo de acariciar el corcel divino. Por un momento, su venganza había sido relegada a un rincón oscuro de su mente, pues el espíritu del rey había retrocedido hasta los años perdidos de una niñez llena de relatos legendarios.

Al mismo tiempo que una ola de envidia revestía la expresión del monarca, Pegaso extendió las alas y se elevó hacia el cielo, que empezaba a cambiar el rosa de la aurora por todos los colores del azul que reflejaba el mar.

∞

La proeza anunciada por Hipónoo era ciertamente inverosímil: para alcanzar las playas de Jantos viniendo del reino de Tirinto era necesario que los barcos atravesaran las islas Cícladas o que las rodearan por el sur. Para llevar a cabo un viaje de estas características se debía contar con marineros experimentados y pacientes, que sortearan los peligros de la travesía. Sin embargo, el príncipe corintio se disponía a recorrerla en tan solo un día.

El joven príncipe se abrazaba al cuello de Pegaso de manera que jinete y caballo parecían esculpidos de una sola pieza. Sobrevolaban islotes y olas sin prestarles demasiada atención, como si lo único importante fuera la compenetración de sus almas y el placer de descubrirse el uno al otro.

Tras pasar la isla de Rodas, divisaron el río Jantos y las altas montañas que limitaban la ciudad por el norte: estaban acercándose a su destino. También avistaron la punta de tierra conocida como el cabo de la quimera, donde según la leyenda habitaba un aterrador monstruo del mismo nombre.

Pegaso aterrizó suavemente ante las amplias escaleras del palacio de Yóbates. Una gran multitud, que en ese momento se reunía en una especie de gran mercado de telas y víveres, huyó despavorida vertiendo cestas y cubos, provocando en su estampida la caída de algunos tenderetes. Los soldados corrieron a avisar al rey que, seguido de su séquito, se apresuró a alcanzar la puerta principal. El corazón le latía con fuerza, pues no eran pocas las amenazas a las que se enfrentaba ahora su pueblo, y la terrible ferocidad de la quimera que asolaba su reino le hacía temer siempre la peor de las desdichas. Sin embargo, cuando Yóbates se enfrentó a la sonrisa de Hipónoo y a la actitud, a la vez mansa y salvaje, de Pegaso, sospechó que los dioses enviaban una respuesta a sus plegarias.

—Bienaventurado seas, rey Yóbates —le saludó amablemente el jinete—. Yo soy Hipónoo, príncipe de Corinto, y vengo a entregarte un mensaje urgente del rey Preto, tu yerno.

A continuación, descendió del enorme alazán ante la admiración de todos y entregó el estuche con la misiva al rey. Este, pendiente de las maravillosas explicaciones del emisario, depositó de forma inconsciente el mensaje que le traía en las manos de uno de sus consejeros, más interesado en obsequiar adecuadamente tanto al jinete como a su prodigiosa montura. Convocó banquetes en honor del domador de Pegaso, y le hizo entrega de bordadas vestimentas entre otros fastuosos obsequios, como era obligado dada la nobleza de sus invitados. Hipónoo recibió con satisfacción tales honores, y la fiesta se prolongó nueve días y nueve noches.

Cuando, finalmente, Yóbates recordó la carta de Preto, era ya demasiado tarde. Tal como antes le sucediera a su yerno,

el vínculo al que le obligaban las leyes de la hospitalidad y los juramentos elevados a los dioses le impedían iniciar ninguna acción evidente contra sus invitados.

Apenas terminó de leer la misiva, la cólera invadió su pensamiento: había agasajado al hombre que había deshonrado a su propia hija, y por ello mismo no podía vengarla. Después, recordando los beneficios que el caballo alado podría traer a su pueblo, la frustración siguió a la ira, sumiéndolo en una profunda desesperación.

Hasta que al fin, incapaz de conciliar el sueño, una súbita iluminación desvaneció todas sus angustias. Había encontrado la manera de utilizar al héroe y su alazán, vengar el honor de su estirpe y, al mismo tiempo, evitar el enojo de los dioses, todo en un solo gesto.

4

Los trabajos de Belerofonte

Yóbates había invitado a Hipónoo a pasear junto a él y su hija Filónoe por las arboledas que recorrían el patio de palacio. El joven forastero sentía curiosidad por conocer a la hija del rey, oculta a su vista en el gineceo durante los festejos. Durante el transcurso de los banquetes, Yóbates le había contado que su hija siempre había tenido una sensibilidad particular con las hierbas curativas y aromáticas, y su padre confiaba en su opinión a la hora de acordar con sus esclavos la elaboración de remedios sencillos y ungüentos. Por ese motivo, aquella mañana Hipónoo recibió con agrado la invitación de Yóbates, que, tras los ampulosos banquetes, lo esperaba en el patio para relajar su espíritu paseando por la arboleda.

Cuando llegó al patio, Hipónoo divisó a lo lejos la alta figura del rey, que parecía dar órdenes a uno de los esclavos, que sostenía algunos esquejes de plantas en sus manos. De repente, se fijó en la figura de una mujer espigada, que apoyaba con

suavidad su mano en el brazo del rey e indicaba con armoniosos gestos al esclavo dónde debía instalar sus esquejes. Yóbates asentía ante las palabras de la joven. Cuando Hipónoo estuvo ante ellos, Yóbates lo recibió con un caluroso abrazo.

—Espero que hayas descansado de los festejos en tu honor, Belerofonte. Te presento a mi hija Filónoe, pues creo que aún no habéis tenido ocasión de conoceros.

Hipónoo saludó con una inclinación de cabeza a Filónoe, y esta respondió con un grácil ademán. La sonrisa ladeada y la viveza de sus ojos le recordaron a la hermosa mujer, cuyo recuerdo había dejado en Tirinto, y no pudo evitar admirar la belleza que las dos hermanas compartían. Aunque su rostro no dejaba traspasar sus emociones, Yóbates percibió la turbación que su hija causaba en el extranjero.

—Hija mía, había previsto mostrarle a nuestro invitado la huerta con la que realizas tus ungüentos; sin embargo, el sol de Jantos no muestra clemencia con su rey. Voy a descansar un momento en este banco. Muéstrale la huerta que tú misma has dispuesto, pues nadie mejor que tú cuenta su historia.

◊◊◊

—¿Dónde has encontrado estas plantas, cuyos colores hasta ahora mi vista desconocía y cuyas propiedades te han hecho célebre? —preguntó Hipónoo con fascinación.

Filónoe sonrió halagada. La pregunta, además, le permitía seguir las instrucciones de su padre de agasajar al héroe y convencerlo de sus propósitos.

—A nuestro puerto llegaban siempre viajeros de lugares lejanos que traían consigo magníficos ejemplares de la flora de sus reinos. Pero esos eran otros tiempos —añadió con

una sombra de tristeza en la voz—, antes de que la quimera sembrase el terror en el nuestro.

Belerofonte ya había oído hablar de aquel animal fabuloso de híbrida naturaleza, pero al escuchar de los labios temblorosos de la joven el relato del horror que asolaba su tierra, el terrible monstruo se hizo real para él de repente, y su muerte invadió su deseo como antes Pegaso invadiera sus sueños.

El animal que devastaba Jantos era una terrible criatura de tres cabezas, con cuerpo de cabra y una larga cola de serpiente cubierta de relucientes escamas. Su pecho era el de un león, acabado en unas afiladas garras delanteras. Las tres criaturas le daban al animal su cabeza, y por sus tres bocas de serpiente, cabra y felino escupía llamaradas de fuego.

—No hay salvación —dijo con los ojos húmedos—. Hasta los más valientes soldados tiemblan al oír su nombre.

En ese momento, Hipónoo sintió el impulso de estrechar a la joven contra su pecho, pero la llegada del rey lo contuvo.

—Veo que Filónoe te ha contado las desgracias de nuestro pueblo —dijo, lanzando una furtiva mirada de aprobación a su hija—. Intenté evitar agitar tu ánimo durante los festejos, pero ahora debo obedecer a mis deberes y advertirte de que abandones pronto la ciudad, pues se acerca la noche fatídica. en la que la bestia nos atacará. Pronto abandonará el cráter profundo que habita y vendrá a devorar hombres y animales.

Hipónoo, lejos de asustarse, se mantuvo firme ante Yóbates.

—Pegaso y yo lucharemos contra el monstruo. Cuando sus llamaradas crean alcanzarnos, nosotros ya no estaremos allí.

Yóbates fingió que pretendía disuadirlo. Y cuanto más insistía, con más vehemencia su invitado defendía la sensatez de su propósito. Hipónoo creía ver crecer la admiración en los

ojos de Filónoe, y con la rotundidad de un titán rechazaba las ofertas de Yóbates, que se felicitaba de haber adivinado que la soberbia de los antepasados del corintio corría también por sus venas. Si Belerofonte vencía —lo que creía casi imposible—, Jantos se libraría de la quimera; de lo contrario, se habría cumpliría el castigo que le reclamaba su yerno en la carta. De uno u otro modo, los hados le serían favorables.

∞

La princesa Filónoe esperaba al héroe en la puerta de palacio.

—Toma —le dijo, depositando un trozo de plomo en la palma de su mano—, esta noche Atenea se ha aparecido en mis sueños. Tú también estabas, y sostenías este talismán. No sé qué significa, pero intuyo que cuando llegue la hora, la diosa de ojos glaucos sabrá indicarte lo que debes hacer con él.

La princesa desapareció hacia el interior de la torre. Absorto, durante unos instantes, el joven contempló a la hija de Yóbates mientras se alejaba. Un relincho lo sacó de su ensueño. Hipónoo sacudió la cabeza, bajó corriendo las escaleras, montó el corcel y este desplegó sus majestuosas alas como si supiera exactamente adónde debían dirigirse sus pasos.

En la terraza de la torre, Filónoe, con los párpados resecos, contemplaba cómo el príncipe de Corinto se alejaba a lomos de Pegaso.

∞

Jinete y montura se lanzaron henchidos de coraje en dirección al monte de la quimera, que visto desde la ciudad se distinguía por una negra humareda vertical que agujereaba un techo de nubes oscuras y apretujadas.

Tan pronto aparecieron por encima de la gruta donde moraba la terrible bestia, una ráfaga de fuego les dio la bienvenida. Pegaso la esquivó con un rápido serpenteo, mientras Hipónoo, sorprendido, le ordenaba ascender mucho más alto.

La apariencia de la criatura era tal como la princesa la había descrito pero, al acercarse, Hipónoo comprendió que nadie podía describir el terror que provocaba su visión. La quimera rugía con su cabeza de león mientras azotaba con su cola de serpiente los árboles a su paso. Simultáneamente, sus tres cabezas exhalaban su pestilente aliento en todas las direcciones.

Intentando borrar el temor que el cuerpo cubierto de pelo erizado y escamas de la quimera le producía, el príncipe descargó una lluvia de flechas sobre su enemiga. Era difícil afinar la puntería en aquellas circunstancias, pues Pegaso debía moverse continuamente para evitar el triple aliento del engendro, realizando bruscos giros y remontadas casi verticales, lo que obligaba al jinete a abandonar momentáneamente el arco y agarrarse con fuerza a la crin si no quería precipitarse al vacío.

Tras varios ataques infructuosos, Hipónoo empezaba a pensar que le sería imposible cumplir su promesa. La quimera repelía las flechas quemándolas antes de que la rozaran o repeliéndolas con su cola de serpiente. Incluso llegó a pensar que aquello no era más que un juego con el que el monstruo se divertía antes de asestarle el golpe definitivo. Entonces, cuando echó su mano derecha hacia atrás para tomar una nueva flecha con la que apuntalar su arco, se dio cuenta de que la aljaba estaba vacía. En ese momento, a pesar del calor de aquel infierno, un escalofrío le recorrió el espinazo.

Solo le quedaba una pequeña lanza. Era imposible plantearse un combate cuerpo a cuerpo con la espada, pues si se

aproximaba demasiado, la quimera lo convertiría en cenizas. Hasta ahora había sobrevivido gracias a la distancia que le permitía el vuelo de Pegaso, pero cuando hubiera lanzado la jabalina, si fallaba, quedaría a merced de la horrible criatura. La huida era la única salida segura, pero eso destruiría sus sueños de gloria antes del primer combate.

Pegaso daba vueltas y más vueltas sin acabar de comprender por qué su joven domador no reaccionaba. El caballo comenzaba a fatigarse, y las llamas cada vez estaban más cerca.

La quimera advirtió la debilidad del enemigo y, durante uno de los vuelos rasantes del hijo de Poseidón, dio un salto impensable para la pesadez de su cuerpo mientras, con la garra extendida, arañaba el muslo del héroe. Aquella fue la primera sangre del combate, pues ninguna de las flechas de Hipónoo había herido al monstruo. El joven se frotó el muslo con gesto de dolor y se agarró con más fuerza al cuello de su montura, que continuaba esquivando llamaradas, casi exhausta, mientras su ala derecha se teñía de rojo con la sangre del jinete.

«Belerofonte», se dijo el príncipe con una mueca de desprecio. «He aquí donde empieza y donde termina tu historial de triunfos: solo habrás sido capaz de matar a tu pobre hermano». Observaba cómo la garganta felina de la quimera expulsaba su torrente de fuego y, por un instante, pensó en lanzarse de cabeza dentro de ella para evitar regresar a su casa cubierto por la vergüenza. Ese pensamiento le dio nuevos bríos, y agarró con fuerza la jabalina.

De pronto, el fragor de las llamaradas y aleteos que aturdía los sentidos de Hipónoo enmudeció. Entonces, la primera desorientación dio paso a un sonido agudo que, conforme se hacía más audible en el interior de su mente, parecía que

apaciguaba su ánimo desbocado, hasta que lo reconoció con claridad como el canto de una lechuza. Entonces, recordó el talismán que le había entregado Filónoe y, en ese instante, supo exactamente lo que debía hacer con él.

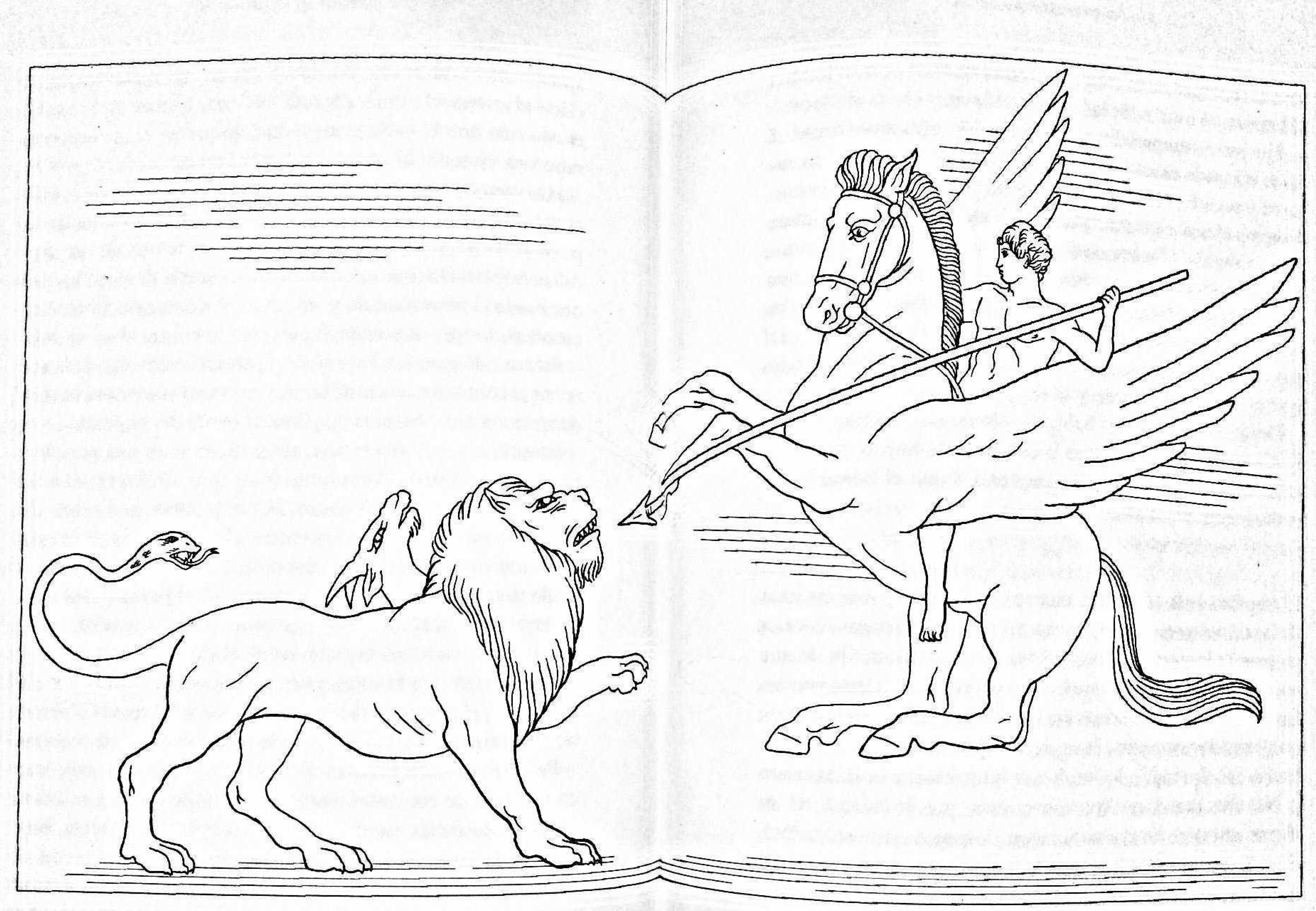
Hizo remontar a Pegaso hasta un punto apartado de la vista del monstruo. Allí, ató el trozo de plomo a la punta de la pequeña lanza, sujetándolo con las correas de una de sus sandalias. Sopesó el arma, calculó mentalmente la desviación que originaría el peso añadido y, sin ninguna vacilación, ordenó al corcel alado que se precipitara en picado contra el monstruo.

Esta vez, Pegaso no intentó esquivar las andanadas de la terrible criatura. Atravesaron las llamas como si fueran chorros de agua, directos hacia la garganta ardiente del engendro.

La quimera, desconcertada, adoptó entonces una posición rampante que pareció multiplicar sus proporciones, alzó las garras a la altura de su rostro felino y abrió su bocaza de león, lista para exhalar su mortífero aliento. Era justo lo que Hipónoo pretendía. En pie sobre el lomo de Pegaso, encajando sus pies en sus escápulas, extendió el brazo hacia atrás y proyectó la jabalina hacia la garganta del monstruo. La quimera, viendo al héroe erguido sobre el caballo, triplicando su tamaño, lanzó una bocanada de su tormentoso fuego. En ese momento, el proyectil del héroe alcanzó el objetivo y penetró certero en aquel horno infernal, que se apagó de repente.

Pegaso aguardó justo encima del monstruo, suspendido en un cielo de cenizas. Caballo y jinete observaban ansiosos el resultado de su estratagema, pues el plomo se había fundido en la garganta de la bestia.

Le pareció que la quimera tosía, la terrible criatura daba vueltas sobre sí misma incapaz de rugir, embistiendo al vacío



Hipónoo ordenó al corcel alado que se precipitara en picado contra el monstruo.

con los cuernos de su cabeza caprina mientras con su lengua de serpiente trataba de lamer la herida de su testa de león.

Hipónoo comprendió que no tendría otra oportunidad. Con la espada extendida, se abalanzó sobre ella en vuelo rasante y segó las cabezas de cabra y serpiente de un solo tajo. Después descabalgó y se plantó delante de la fiera leonada, que lo miraba con los ojos ardientes, consciente de su fin. El jinete envainó la espada y contempló impávido la lenta agonía de la quimera, abrasada por el plomo del talismán. Tras asegurarse de que la bestia estaba muerta, Hipónoo, tal y como hizo Perseo en su sueño, cortó la cabeza de león para que testimoniara su éxito y se dirigió al palacio de Yóbates.

Desde allí, Filónoe no había dejado de contemplar el cielo. Cuando vio desvanecerse la columna de humo que indicaba la guarida de la bestia, comprendió que el héroe había vencido y se sintió aliviada.

∞

El impacto de la cabeza del monstruo rodando sobre las losas de la sala del trono fue superior a lo que había imaginado. Los asistentes a la escena no se atrevían a mirarla, temerosos de que aún surgieran llamas de aquellas espantosas fauces inanimadas. Los primeros en decidirse fueron los jovencísimos esclavos, que, armados con palos, hurgaron impunemente el macabro trofeo. Solo entonces, los adultos se atrevieron a unirse a ellos.

No obstante, el rey, que no quería que la cabeza de su mayor enemigo se convirtiera en despojos impuso orden. Mandó que clavaran la testuz de la quimera en una estaca y que la dejaran en el principal cruce de caminos que conducía a la ciudad como advertencia a sus enemigos.

Hipónoo, mientras tanto, no dejaba de repetir una y otra vez su historia a requerimiento de los habitantes de Jantos. Filónoe advertía que, cada vez que contaba su relato, la quimera era más fiera y más letales sus llamaradas, pero aquello no le molestaba. Ni siquiera le importaba que Hipónoo olvidase contar que fue ella quien le dio el talismán que le proporcionó la victoria. Perdonaba con gusto las bravuconerías del hombre que había osado enfrentarse a la bestia y había salido vencedor. Hipónoo sintió sobre sí la mirada de estimación de Filónoe, y desde entonces fue consciente de que el saberse admirado por ella le producía la sensación más placentera que jamás había experimentado.

∞

Tras haber celebrado un banquete como no se viera desde los tiempos que precedieron a la quimera, y pasada ya la euforia de verse libre de la bestia, la mente del rey Yóbates regresó a antiguas preocupaciones.

Sentado en su trono con aire ausente, pensaba en Preto, su yerno, y en la petición que este le hiciera de ajusticiar a Hipónoo. Yóbates lamentaba haber ofrecido un nuevo banquete en honor del hombre que, según su yerno, había deshonrado a su hija, pero el héroe había derrotado al monstruo que aterrorizaba a su reino, y las leyes de la hospitalidad así lo requerían. Belerofonte, se decía, estaba protegido por el manto de la gloria. Hipónoo había solicitado audiencia con él para despedirse, y pronto el héroe partiría hacia su patria con la fama de ser el único hombre capaz de derrotar a la quimera.

Filónoe se había sentado junto a su padre para decir adiós al salvador de su pueblo. También ella tenía sentimientos

encontrados pues, aunque agradecía a Hipónoo haberlos liberado de aquel monstruo, sufría al pensar que el joven abandonaría el reino.

La entrada de Hipónoo interrumpió sus meditaciones. Para despedirse, el príncipe se había vestido con la magnífica coraza que había pertenecido a su padre, y Filónoe pensó que tenía la belleza y la arrogancia de un joven dios.

—Es hora de que regrese a mi tierra —dijo el corintio—. Te agradezco, Yóbates, la oportunidad que me diste de convertir mi nombre, manchado por la muerte de mi hermano, en el de un héroe. A ti, Filónoe —dijo con dulzura a la princesa—, te debo gran parte de mi gloria, pues gracias al talismán que me entregaste, la bestia pudo ser derrotada. Ahora vuestros enemigos sabrán de qué sois capaces.

Filónoe, tras escuchar al héroe, no pudo contenerse más. Pese a que las mujeres núbiles no acostumbraban a intervenir en público, juzgó que la situación requería su réplica.

—Te agradezco la deferencia que tienes hacia mí —dijo con voz suave—, pero el mérito ha sido del jinete de Pegaso. En lo que se refiere a nuestros enemigos, somos más vulnerables ahora ante los guerreros sólimos de las montañas, pues no era el temor a nuestro ejército lo que les impedía atacarnos.

—Temían enfrentarse a la quimera —respondió Hipónoo tras meditar la respuesta, comprendiendo súbitamente la situación en la que había dejado el reino de Jantos.

—Esa es la verdad —replicó el rey—. La bestia no solo nos atacaba, también nos protegía. Ahora que el monstruo ha sido vencido, la guerra se acerca.

Belerofonte no respondía. Su vista estaba clavada en el rostro de Filónoe. Veía su cabeza altiva a pesar de la terrible

circunstancia, y cómo su pecho palpitaba a causa de la congoja que le causaba su partida. De repente sintió que no podía abandonarla a su suerte. Había entrado al mégaron como un héroe y lo abandonaría como tal.

—Oh, Yóbates —exclamó—, si exterminando a la quimera no he erradicado los males que acometían a tu pueblo, mi misión no ha terminado.

Al oírlo, un brillo de esperanza cruzó los ojos del rey.

—La guerra contra los sólimos no te concierne —replicó el monarca—. Príncipe eres de Corinto y no de Jantos.

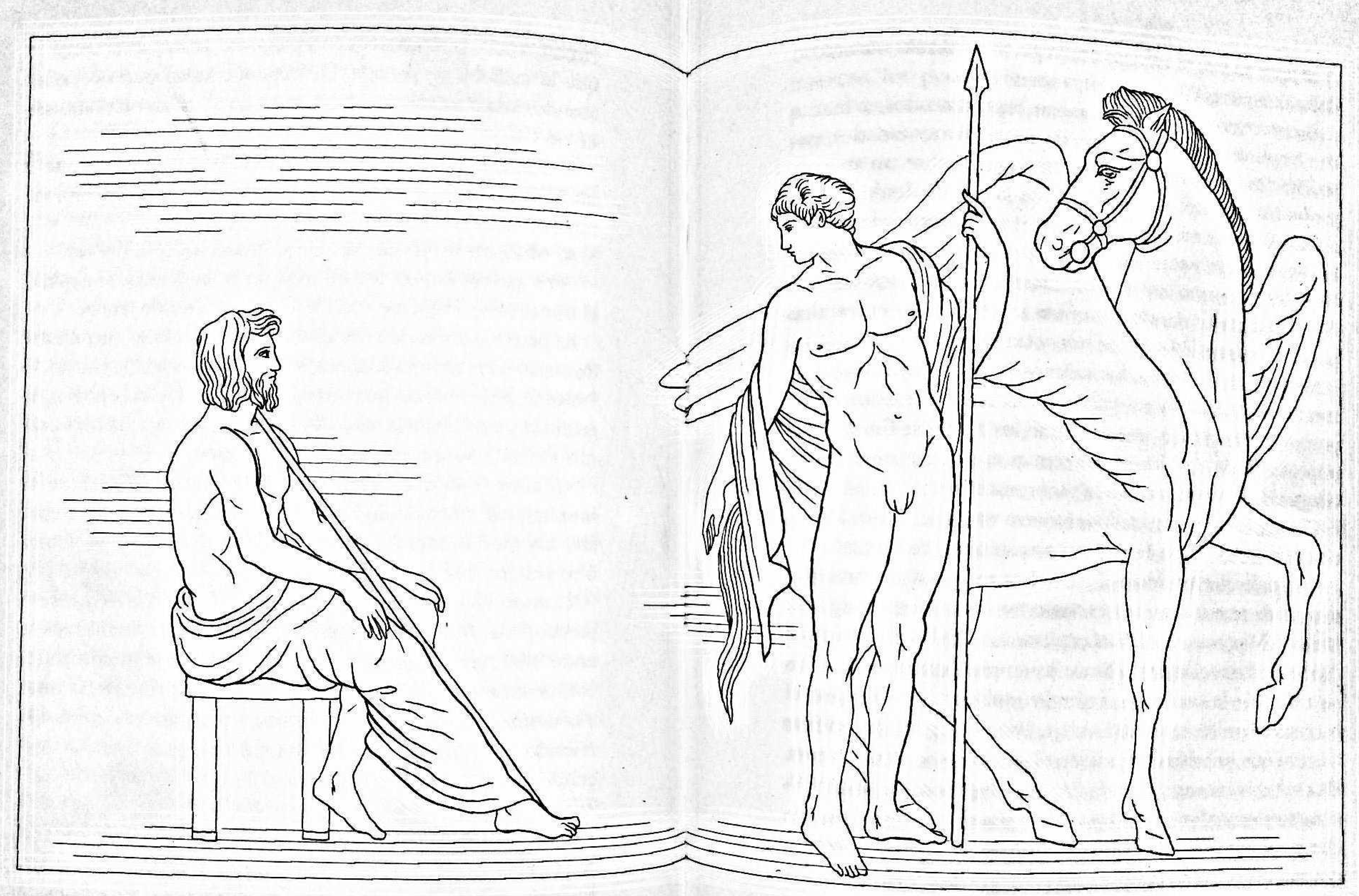
La preocupación de Yóbates era fingida, pues se encontraba de nuevo en la tesitura anterior: si Hipónoo vencía, la ciudad de Jantos se vería libre de una terrible amenaza. De lo contrario, la fatalidad y no él habría vengado la afrenta a Antea. La respuesta que esperaba surgió de los labios de Hipónoo.

—Señor —dijo el héroe con firmeza—, las leyes de la hospitalidad dictan obligaciones por ambos lados. Mi deber ante ti y los dioses es el de exterminar a los sólimos y cualquier otro peligro que te amenace.

Cuando Filónoe lo oyó hablar de aquel modo, alzó la cabeza preocupada. Aunque celebraba que Hipónoo permaneciese entre ellos, tanto por su protección como por su compañía, empezaba a sospechar cierta tendencia en el príncipe corintio a la desmesura. En aquel momento, un mensajero entró corriendo en la sala: había sido avistado un gran ejército descendiendo por las montañas.

◇◇◇

A primera hora de la mañana, Pegaso y su jinete sobrevolaban las huestes jantas que se dirigían hacia las montañas.



La respuesta que Yóbates estaba esperando surgió de los labios de Hipónoo.

A lo lejos, se veía al ejército enemigo, mucho más numeroso de lo que jamás Yóbates hubiera imaginado.

Los guerreros sólimos avanzaban bien alineados, armados con larguísimas lanzas y protegidos con enormes escudos, extendiéndose como una mancha de sangre sobre un mar de piedra blanca. Hipónoo contemplaba la escena desde lo alto, confundiéndose a la vista con un ave rapaz. Desde allí diseñó su estrategia: no permitiría que los dos ejércitos colisionaran. Para llevarla a cabo, esperó pacientemente a que los sólimos llegaran al punto donde el camino se estrechaba entre altas paredes inexpugnables de un lado y un precipicio del otro.

Seguros de su fuerza, los sólimos penetraron en aquella suerte de desfiladero sin vacilar, pues se sentían confiados porque nadie podría atacarlos por los flancos. En el caso improbable de que los envistieran por delante, una hilera compacta de escudos bastaría para resistir.

Cuando todos los soldados entraron en aquel paso, Hipónoo hizo descender a Pegaso en picado mientras lanzaba sin descanso sus flechas desde el cielo. Los arqueros no tuvieron tiempo de reaccionar, pues en vano buscaban al enemigo en la tierra. Mientras intentaban esquivar los dardos cuya procedencia desconocían, los sólimos se empujaban unos a otros en mitad de la confusión, cayendo muchos de ellos por el barranco. Aprovechando la ventaja, Pegaso repitió los vuelos rasantes que ya había ensayado en el combate con la quimera. Esta vez, sin embargo, cuando llegaba a ras de suelo, extendía completamente la envergadura de sus alas abriendo así un ancho canal entre las filas enemigas que precipitaba a los soldados al vacío mientras la espada del príncipe de Corinto segaba vidas como si fueran espigas en un inmenso campo de trigo.

Cuando, finalmente, el ejército janto llegó al lugar de la masacre, los pocos sólimos que habían sobrevivido huían por el mismo camino por el que, horas antes, avanzaban seguros de su victoria.

◇◇◇

Belerofonte cabalgaba siguiendo la vía empedrada que bordeaba la costa, vestido con una gran capa roja y la coraza dorada de su padre Glauco. Quería impresionar a Filónoe, que solía pasear rodeada de su séquito por aquella playa. Al joven príncipe cada día le costaba más apartar sus ojos de la hija de Yóbates, y la forma en la que ella lo miraba cuando le contaba sus hazañas le animaba a pensar que su amor era correspondido. Por ello lamentaba no tener otro peligro al que enfrentarse, pues creía que el afecto de Filónoe se incrementaría cada vez que lo viera volver victorioso del combate. El deseo de ser estimado por la hija del rey borró en él el recuerdo de su patria y los consejos del clarividente Poliido, que siempre lo prevenían sobre su soberbia. Ahora solo pensaba en realizar hazañas que permitieran que la gente de Jantos siguiera ensalzándolo durante años, y que la mirada de Filónoe no perdiera el brillo mientras le hablaba.

Perdido en sus reflexiones, la cadencia armoniosa del trote de Pegaso lo mantenía abstraído de lo que ocurría a su alrededor. Inesperadamente, una imagen luminosa se apoderó de su mente. Parado frente a él, en medio del camino, se encontraba un hombre corpulento y resplandeciente, con una luenga melena y una espesa barba azulada, que lo contemplaba montado en una suntuosa carroza. Sujetaba un largo tridente en una mano, y en la otra, las riendas del tiro

compuesto por dos albos corceles. En el pecho, llevaba una espléndida coraza de bronce labrada con las siluetas de una concha y un tridente.

El joven héroe no salía de su asombro. Aquella visión no podía ser otra que la del señor de los mares, el divino Poseidón. Podría achacarlo todo al antojo del eterno de manifestarse ante Pegaso, su vástago, pero una extraña circunstancia aumentaba su desconcierto: el inmortal llevaba la misma coraza que él, idéntica en el más mínimo detalle. Entonces recordó las palabras de Eurimede, su madre: «Es de tu padre», había dicho. Súbitamente, comprendió el secreto de su madre y su insaciable deseo por igualar las proezas de los dioses: él no era hijo de Glauco, sino de Poseidón, poderoso entre los eternos.

Pegaso relinchó, e Hipónoo comprendió por qué el animal le había permitido el privilegio de montarlo. Era su hermano, hijos ambos del mismo dios. Ese pensamiento trastornó a Belerofonte por un instante, pero no tuvo tiempo a detenerse en él: con su tridente, Poseidón señalaba hacia los arbustos al borde del camino que, incomprensiblemente, acababan de perder su opacidad. Y en ese instante, el hijo de Poseidón pudo ver a los guerreros y a los bandidos que se escondían para atacarlo. Tras numerosas diatribas, Yóbates había decidido que la única forma de acabar con el héroe y salvaguardar su honor era la de asaltarlo por sorpresa, y había contratado a varios mercenarios para que realizaran ese trabajo mientras él esperaba escondido entre la espesura la resolución de sus disposiciones.

Por ello Poseidón, su padre inmortal, había venido a ponerlo sobre aviso. Ansioso de mostrar su valor a su progenitor, desenvainó la espada y, espoleando a Pegaso, se precipitó hacia la maleza. Los mercenarios no esperaban su ataque, y apenas

tuvieron tiempo de reaccionar. La guadaña del héroe segó cabezas y vidas una vez más ante la figura resplandeciente del dios del mar.

Yóbates, ansioso por saber la suerte de su huésped, había contemplado toda la escena entre la maleza. La presencia del dios lo amedrentaba, pero todavía lo atemorizaba más la filiación divina de su invitado, pues también él había comparado las dos corazas y ahora conocía su secreto.

◊◊◊

La revelación de sus orígenes excitaba a Belerofonte más que el arduo combate que acababa de librar. Secó la espada en el quitón de uno de los guerreros muertos, espoleó a su compañero y empezó a galopar hacia la playa en la que se encontraba Filónoe. Ahora tendría algo verdaderamente extraordinario que contarle: se encontraba ante el hijo de un dios.

Mientras tanto, Yóbates había llegado al palacio y se golpeaba el pecho, maldiciéndose por su estupidez. Ya no le importaban los deseos de los reyes de Tirinto, pues el peligro que suponía una venganza de los dioses era muchos más acuciante que la deshonra o la amenaza de un rey enfurecido. Afortunadamente, Hipónoo había dado muerte a todos los mercenarios, y el secreto de su traición se encontraba a salvo. Ahora debía encontrar la manera de agasajar a Belerofonte, y creía haberla encontrado.

◊◊◊

Hipónoo y Filónoe se presentaron ante Yóbates en el mégaron, como este les había pedido. Los enamorados se miraron extrañados, inquietos al haber sido convocados al mismo

tiempo. Pero antes de que pudieran decir nada, Yóbates se levantó del trono y avanzó hacia ellos.

—¡Oh, Belerofonte! —dijo con ardor—. Sé que tu corazón anhela regresar a la tierra de tus antepasados. Sin embargo, me duele verte partir, pues no tengo hijo varón, y tú has actuado como tal en este reino. Por ello te ofrezco la mano de mi hija en matrimonio y, a mi muerte, el trono de Jantos.

Hipónoo apenas podía creer su fortuna. Se volvió entonces hacia Filónoe que, desconcertada ante la repentina propuesta de su padre, no podía devolverle la mirada, pero tampoco podía contener una tímida sonrisa de felicidad. El héroe no necesitó nada más para disipar cualquier posible duda ante aquella jugosa proposición:

—Acepto con orgullo unirme a la familia real de Jantos, pues tu propuesta es acorde a mi corazón, pero no soy hijo de Glauco —insistió Belerofonte, e hinchó el pecho antes de hablar con voz sonora y consciente de que todos estaban pendientes de sus palabras—, sino de Poseidón, el dios de los mares. Hoy mismo mi padre inmortal me lo ha manifestado.

Ante esa respuesta, un estruendoso clamor recorrió el gran salón. Incluso Yóbates se mostró estupefacto. Filónoe era la única que no parecía sorprendida.

Los mensajeros esparcieron la noticia de aquella unión en las principales cortes de Grecia. En su lejano palacio de Tirinto, Antea recibió el mensaje mientras nadaba en su pequeña piscina de mármol. Por la mañana, sus sirvientas la encontraron aparentemente dormida, flotando sobre el agua. La reina había dejado de respirar.



5

El orgullo del héroe

Las nubes se encogían al paso de Pegaso, que las atravesaba dejándolas atrás, veloz como una saeta disparada contra la bóveda celeste. Recostado sobre el cuello de su alado hermano, Belerofonte intuía los alrededores de la morada de los dioses. Excitado, susurraba algunas palabras al oído del corcel, que relinchaba mientras batía las alas con más fuerza que nunca. Sobre su cabeza el sol lucía tan intenso y poderoso como jamás viera, y sus rayos se reflejaban con saña en la dorada coraza del joven. Entonces aparecieron ante ellos los vastos jardines celestiales, y las aguas que caen en infinitas cascadas por encima de los mármoles refulgentes y de los alabastros rojizos. No había duda posible: estaban acercándose al Olimpo.

Belerofonte contenía la respiración, pues pronto llegarían a sus puertas. Allí, imaginaba, encontraría a Atenea, con su imponente égida, esperándolo para felicitarlo después de haber marcado su camino a través de las visiones que tuvo en su

templo. A su lado estaría Zeus, el monarca de los inmortales y, cerca de este, Poseidón, hermano de Zeus y su propio padre. En su mente, su progenitor llevaba la armadura dorada igual a aquella que le dio Eurimede. Convencido de que el señor de los mares se apresuraría a tenderles su mano al ver llegar a sus dos hijos al Olimpo, apenas si podía esperar para alcanzarlo. En ese momento, una nube extraña, negruzca y escurridiza, ocultó el astro rey. Jinete y caballo se detuvieron desorientados, suspendidos en el vacío. No podían ver nada en ninguna dirección, como si la tierra y el mar hubieran desaparecido. De repente, Belerofonte se dio cuenta de que estaban solos.

Entonces, como cada noche desde hacía ya demasiado tiempo, el joven príncipe de Jantos se despertó sudoroso entre los brazos de Filónoe, su esposa, que trataba de reconfortarlo.

—¿De nuevo el mismo sueño, esposo mío?

Belerofonte temblaba como una hoja de parra sacudida por el viento de poniente. Con los ojos muy abiertos y sin apenas parpadear, su mirada atravesaba a su esposa, que se dio cuenta de que aún no veía nada que no estuviera en el interior de su mente. La joven le sacudió los hombros con suavidad.

—Vuelve conmigo, Hipónoo, cuéntame lo que te ocurre.

Belerofonte miró a Filónoe como si no la viera todavía, como si, más allá de sus ojos, de las paredes de la habitación y de las murallas del palacio, se extendiera la sombra de la montaña de Corinto. En esos momentos, añoraba la tibieza inigualable de la brisa en aquel espléndido lugar que no mucho tiempo atrás protegiera su inocencia de niño y su primera juventud.

Muy lentamente, el héroe que había derrotado a la quimera reconoció a su esposa, con quien compartía el tálamo

nupcial desde hacía tres años. La estancia, entonces, se fue haciendo poco a poco familiar: el lecho, las alfombras, sus ropas, todo aquello que le pertenecía desde que se instalara definitivamente en el palacio de Yóbates, en el que ahora crecían sus hijos Isandro y la pequeña Laodamía.

—¿Me lo explicarás esta vez? —insistió la princesa.

Ese día, Belerofonte no se hizo de rogar. Su mente fatigada había decidido rendirse y encomendarse a una mirada más compasiva que la que dirigía sus sueños.

—Hace ya mucho tiempo, cuando vivía en Corinto —empezó a relatar despacio el príncipe—, pregunté al sabio Poliido qué podía hacer para resolver un caso semejante.

Su confesión cogió desprevenida a Filónoe que, acostumbrada al silencio de su marido, había dejado de esperar una explicación. Acababa de salir de la cama y se había acercado a la ventana para contemplar las primeras luces del día. Al oír a su esposo, se detuvo y, volviéndose hacia él, permaneció de pie, incapaz de moverse, con los brazos tendidos a lo largo del cuerpo y observando al héroe como quien examina a un animal atrapado en una zarza.

—Con la caída de cada uno de los días, las mismas imágenes visitaban mis sueños, exactamente igual que ahora —continuó Hipónoo—. Veía a Pegaso todas las noches y me obsesionaba la idea de encontrarlo y domarlo. Poliido me aconsejó entonces que consultara a la diosa Atenea.

Su esposa trataba de comprenderlo, pero sabía que Hipónoo debía ordenar sus ideas, revueltas tras el agitado sueño.

—¿Y eso es lo que te sucede? ¿Aún sueñas con Pegaso?

—En cierto modo, así es, solo que esta vez no necesito domarlo. Montado en él subo hacia el hogar de los dioses,

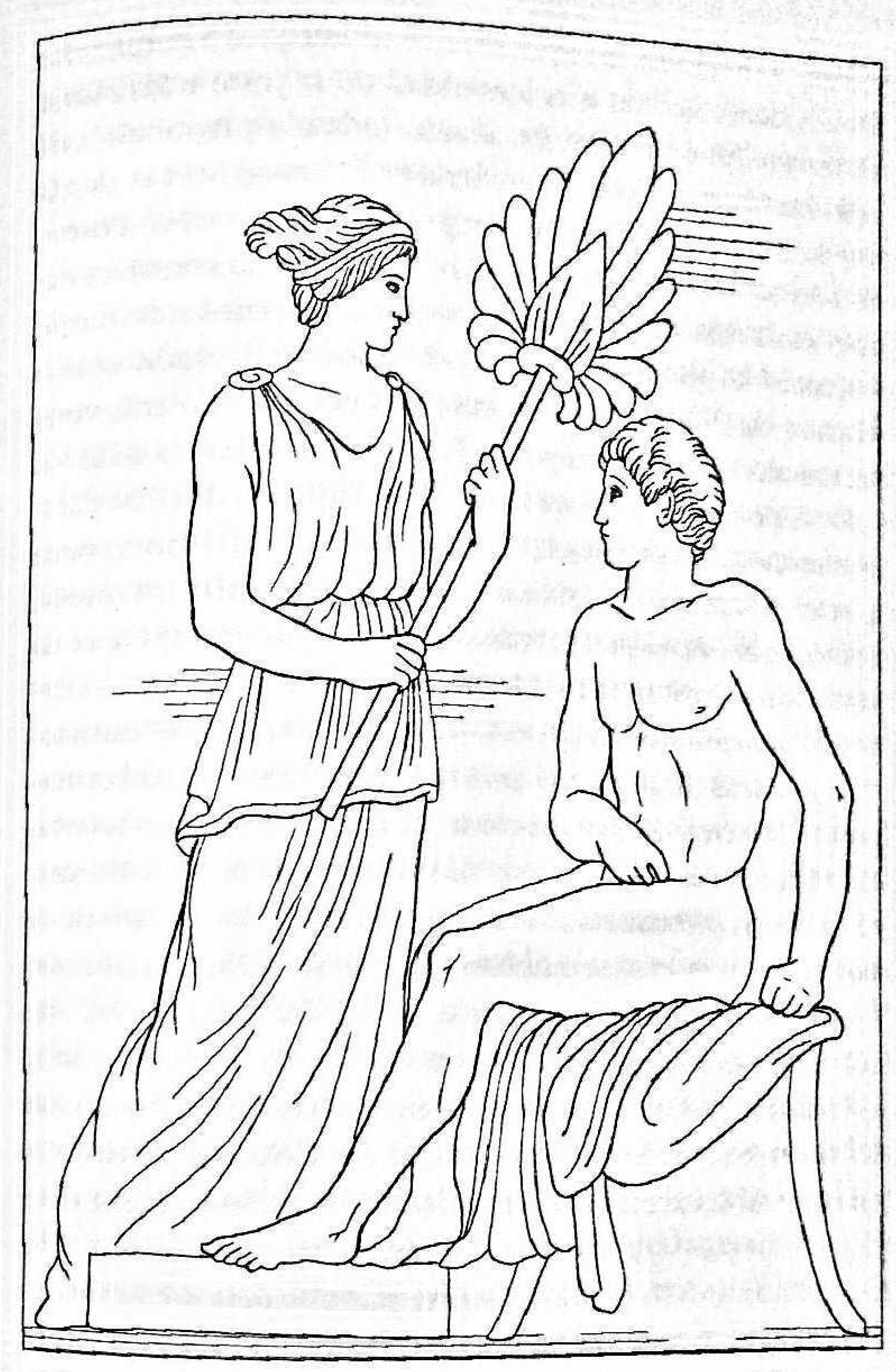
tengo la sensación de que me están esperando, de que me guardan un lugar en su majestuoso salón. Entre ellos surge mi padre, Poseidón, que está ansioso por abrazarme y reconocerme como hijo suyo.

Filónoe lo miró preocupada, pues sabía que ese deseo era demasiado fuerte para que Hipónoo no intentara satisfacerlo.

—No se permite a los hombres abrazar sueños como este —replicó Filónoe—. Muchas veces me has contado como el clarividente Poliido te advertía de que no te dejaras vencer por la arrogancia, pues aunque tu padre sea el dios de los mares, tú sigues siendo mortal.

Hipónoo asentía ante las afirmaciones de su esposa, pero al mismo tiempo ella veía en su mirada la certeza de que se consideraba superior a la mayoría de los hombres. La conversación se dilató durante largo tiempo.

Filónoe, que conocía la carcoma que devoraba el espíritu de su esposo, le daba argumentos para vencer su obstinación o le acariciaba el pelo con la intención de apaciguar su alma mientras duró la discusión. No necesitaba alcanzar el Olimpo, le decía, ni vivir entre los dioses. Le habló de la belleza de las tierras de Jantos, que él mismo había pacificado y, poniendo la mano de su esposo en su vientre, le habló de sus dos hijos y del tercero que estaba en camino. Pero veía con tristeza que no conseguía sus propósitos, y que Hipónoo seguía enredado en la obsesión de alcanzar el lugar reservado a los eternos. Entonces le recordó el lejano día de la muerte de su hermano, la desesperación de su madre y el destierro de Corinto. Intentaba convencerlo de que, si volvía a caer en la tentación de la soberbia, probablemente esta acarrease funestas consecuencias para él o los suyos.



Filónoe intentó apaciguar a Hipónoo, que anhelaba llegar al hogar de los eternos.

Pero Belerofonte le respondía que todo aquello había sido un accidente debido a la temeridad de la juventud. Hasta Eurimede, su propia madre, añadía, lo había perdonado. El príncipe defendía que no incurría en la arrogancia si decía que su padre era el dios del mar, puesto que el propio Poseidón así se lo había revelado. Además, estaba convencido de que había sido él, el propio dios quien, años atrás, le había inspirado la obsesión por Pegaso, indicándole un camino plagado de dificultades para que, al superarlas, sus orígenes fueran reconocidos y así poder llevarlo finalmente a su lado.

Desesperada, viendo que alguna peligrosa idea rondaba por la mente de su esposo, Filónoe le sugirió que viajara a otros reinos para establecer alianzas con otras ciudades, aumentando así la prosperidad de Jantos, esperando que la excitación de conocer tierras nuevas ahuyentara las obsesiones de la cabeza del corintio y saciara su ambicioso ánimo.

Tras debatir largo rato, el príncipe de Jantos aceptó la propuesta de su esposa, aunque antes de pactar con otros reinos, quería consultar sobre sus sueños al rey Eneo, famoso por su sabiduría. Marcharía al día siguiente cuando rompiera el alba, dijo entonces, y se embozó entre las sábanas, extenuado por la intensidad de su sueño y la confesión a su esposa.

Filónoe permaneció de pie en medio de la habitación. De repente se dio cuenta de que, al contacto con el mármol del suelo, sus pies se habían quedado helados. Un escalofrío recorrió su columna hasta erizarle el pelo de la nuca.

◇◇◇

Por la mañana, Belerofonte recogió la coraza que Poseidón dejara para él y, tras despedirse tiernamente de su esposa y

sus hijos, montó sobre Pegaso y puso rumbo hacia el reino donde gobernaba el rey Eneo.

Pronto, el raudo y firme vuelo de Pegaso alcanzó la región montañosa de Etolia, al este de la costa norte del golfo de Corinto. El joven contemplaba la inmensidad de las llanuras de la región mientras llegaba al magnífico palacio de Eneo. Los habitantes de la ciudad de Calidón, al ver a Pegaso, señalaban hacia el cielo entre gritos de admiración, que alertaron al rey de su llegada. Cuando Pegaso y su célebre jinete descendieron ante la morada de Eneo, este los esperaba en la inmensa galería desde la que se divisaban en todo su esplendor los maravillosos paisajes etolios que hacía un momento impresionaban el ánimo de Hipónoo.

—Bienvenido a Calidón, Belerofonte, hijo de Poseidón —saludó Eneo—. Tu fama te precede, y tu montura te delata.

Hipónoo se sintió inmensamente halagado por este recibimiento, que corroboraba que había adquirido la celebridad que siempre había ansiado conseguir. Belerofonte le agradeció el acogimiento, tras lo cual le entregó los ricos presentes que para él trajera desde Jantos, entre los que destacaba una copa dorada de doble asa que fue muy apreciada por el monarca. Este, observando entonces al joven con detenimiento, se dio cuenta de que la fatiga que mostraba el héroe, que en un principio achacara al viaje, era aún más profunda en sus ojos. Eneo sintió al mirarlo que los pocos años que poseía le pesaban más que un siglo entero curvándole la espalda. Intrigado por el jinete de Pegaso, tras agradecerle sus presentes, le preguntó por el motivo de su visita.

—Gran rey Eneo, el renombre de tu sabiduría es más vasto que los mares que mi padre Poseidón gobierna, y

es ensalzada por encima de los brazos de los héroes. He llegado hasta aquí en busca de tu venerable consejo, pues hay sueños que me hieren más profundamente que lo que pudiera herirme cualquier espada.

El rey, por toda respuesta, abrazó al héroe y después lo invitó a pasar a sus aposentos privados para discutir libremente, ofreciéndole su hospitalidad tanto cuanto quisiera prolongar su estancia.

◇◇◇

Belerofonte encontró en el anciano Eneo a alguien a quien exponer sus preocupaciones y en quien buscar consejo. Ante la bondad del monarca, tenía la impresión de volver a ser el chiquillo impaciente que trepaba por la colina de Corinto buscando la aprobación constante de su madre Eurimede. Eneo y Poliido, el adivino al que había acudido cuando le atormentaba la obsesión de poseer a Pegaso, tenían una cierta semejanza, se decía el célebre jinete. Esto lo condujo naturalmente a depositar en uno la confianza que tenía en el otro, y abrió su corazón ante el rey como antes lo hiciera con el adivino.

Eneo supo hablarle de la importancia de no confundir una obsesión con un deber, pero también, igual que Poliido, le instó a que se asegurara antes de que su sueño no era un mensaje de los dioses.

—Podría tratarse de una última prueba —reflexionó el rey—, si realmente eres tan poderoso como tú mismo explicas y crees que los hados te abocan a ello, no deberías desfallecer, aunque pocos hayan sido los hombres que culminasen con éxito la ascensión al Olimpo.

Hipónoo pensó entonces en los mortales que antaño accedieron a la casa de los eternos: únicamente los elegidos por los dioses lo habían logrado. Transmitió sus dudas a Eneo, pues no sabía si podía considerarse entre los privilegiados.

—Sé sincero contigo mismo —le respondió—. ¿Estás seguro de que tu padre Poseidón quiere que te sientes entre los inmortales?

Hipónoo se estremeció al meditar la respuesta.

—Creo ser digno por mi estirpe y mis hazañas, pero estoy seguro de que no podré continuar viviendo sin conocer la respuesta. Solo realizando el sueño de domar a Pegaso logré liberarme de la desazón que me provocaba, y esta vez tampoco podré cejar en mi intento.

Eneo estuvo de acuerdo con el extranjero, y con sus consejos volvió a recordarle al adivino de Corinto.

—Pasa de nuevo esta noche en el templo de Atenea —le sugirió—. Tras ofrecerle un sacrificio, escúchate a ti mismo desde el fondo de tu corazón y, por la mañana, cuando sepas la respuesta, actúa en consecuencia.

Dicho esto, Eneo se levantó y, arrastrando los pies más que de costumbre por la fatiga que la profunda conversación le había originado, hizo comprender al joven que había llegado el momento de retirarse. Mientras recorría los pasillos que conducían a su alcoba, Belerofonte tomó una decisión: haría caso al viejo monarca y se probaría a sí mismo su valor.

◇◇◇

Los primeros rayos de sol iluminaban el patio del palacio de Eneo. En medio del recinto, Pegaso esperaba a su hermano y jinete.

Pese a que el rostro de Hipónoo denotaba una noche en vela, su paso era firme. Mientras caminaba, iba anudando con fuerza los lazos que ajustaban la coraza de Poseidón.

La compenetración mental entre el hombre y la bestia había llegado a tal punto que, incluso en la distancia, sus espíritus y propósitos iban acordes. No era necesario que Belerofonte explicara a su corcel por qué no había reposado durante la noche, ni las dudas que lo atormentaban. Pegaso entendía que su determinación lo obligaba a regresar al Olimpo, a ese lugar que, años atrás, canjeara por la excitación del combate en compañía de su hermano mortal.

Pegaso sacudía la cabeza y bufaba contrariado. Conocía a los dioses, y sabía que no aceptarían a su jinete sin imponerle alguna prueba terrible. Cuando su hermano trató de montarlo, retrocedió un par de pasos y con la cabeza sacudió el freno que Atenea les entregara. Pero la voluntad de Hipónoo, enérgico y duro como nunca, no se torció, pues había tomado una decisión y ni siquiera su divino compañero le haría cambiar de opinión. Había visitado el templo de Atenea, y allí había reflexionado sobre su resolución, que ahora era inamovible. No pensó entonces en Filónoe, ni en los pequeños Isandro y Laodamía, ni en el reino de Jantos.

◇◇◇

El aire espeso y cálido se agitaba quedamente en un silencio absoluto. El viento había apagado sus aullidos y hacía tiempo que no llegaban a sus oídos los estridentes graznidos de las gaviotas mientras ascendía cada vez más alto a lomos de Pegaso.

Todo sucedía exactamente como en el sueño, tanto aquello que veía como las sensaciones que le provocaba la excepcional subida, e incluso los movimientos de las alas de Pegaso eran los mismos que había contemplado en su visión. Por un instante, Belerofonte llegó a sospechar que su tránsito a las alturas no era más que un nuevo sueño, y temió que llegara su despertar. Pero en su piel sentía el frío de las alturas que en el sueño ignorara, eso era distinto, lo que significaba que lo que ahora le sucedía era real. Pegaso sacudió entonces la cabeza, como si quisiera darle la razón a su jinete.

Habían dejado atrás las nubes, y ascendían por el éter velozmente como si un gigante los hubiera proyectado hacia las alturas con la fuerza de un arco enorme. Belerofonte se había recostado una vez más sobre el cuello de su hermano y miró hacia abajo: la tierra, el cielo y el mar se confundían en una hermosa mezcla de todos los azules imaginables.

Sobre su cabeza únicamente se encontraba el sol, cuyos rayos se reflejaban en la coraza dorada del príncipe. Y entonces, Pegaso relinchó y batió las alas con renovado ahínco, como si sintiera en sus ollares el olor de una tierra conocida. Hipónoo comprendió que habían alcanzado las inmediaciones del Olimpo y que pronto se decidiría su destino. De repente, una sombra de duda enturbió el empuje y la voluntad del hijo de Eurimede. En contra de sus deseos, recordó cómo habían terminado en sus sueños todos sus otros intentos de emprender aquel viaje. Pensó que su presencia podía ofender a los dioses, que en ese caso castigarían su soberbia precipitando su alma a los infiernos.

Pegaso percibió la indecisión de su compañero y, desorientado, ralentizó su vuelo. Parecía como si el alazán qui-

siera que Belerofonte recuperase la cordura y le pidiera que volvieran atrás, pues el héroe había sufrido una transformación inaudita, asaltado por los nervios y las vacilaciones.

En ese preciso instante, divisaron los jardines del hogar de los inmortales, y también aquellas maravillosas aguas que brotaban como por encanto del corazón del infinito, y formaban cascadas y estanques entre los mármoles refulgentes y los alabastros de cobre. Entonces, al fin, divisaron el Olimpo celeste, desde donde los dioses, que habían abandonado sus respectivos palacios, los contemplaban.

Sin embargo, esta visión no reconfortó a Hipónoo. El joven no recuperaba el aplomo, acosado por las dudas, pues había algo en aquella escena que no se correspondía con las imágenes de sus sueños. Aunque podía distinguir a Atenea, armada con su égida frente a todos ellos, la diosa no parecía darle la bienvenida. En aquel instante, reconoció en el centro de todos ellos al gran Zeus, el soberano de los inmortales. Pero de nuevo su expresión, en lugar de ser benigna como siempre había soñado, se veía más bien concentrada, casi furibunda. El dios extendía hacia él una mano con el puño cerrado, amenazante.

Atemorizado, Belerofonte buscaba entre los dioses la armadura refulgente y la cabellera azulada de su padre sin éxito, hasta que tuvo que admitir que Poseidón no se encontraba entre ellos. Fue entonces cuando los nervios y las dudas se convirtieron en auténtico pavor, pues creyó comprender que los motivos del dios del mar para no estar presente entre los eternos solo podían deberse a que su padre no quisiera ser espectador del castigo que el Olimpo infligiría a su vástago.

En su desaliento, las manos del héroe dejaron de agarrar las riendas y sus brazos abandonaron el círculo que los ataba

al cuello del potro alado. Su respiración era agitada, y las piernas le temblaban entorno al lomo del hijo de la gorgona. Pegaso, por su parte, no entendía lo que le sucedía a su jinete, pues jamás le había transmitido un pánico como aquel. Sin saber muy bien qué órdenes seguir, el animal divino se detuvo en medio del azul.

Una nube tenebrosa como una madeja de niebla espesa, que no parecía proceder de ninguna parte, tapó de pronto la luz del sol. Los dioses entonces se convirtieron en estremecedoras siluetas ante los ojos de Hipónoo, que veía recortarse el regio porte de los eternos entre el informe espacio que le rodeaba. En ese momento, la más egregia de las siluetas que, desde su posición central, dominaba a todas las demás, extendió un portentoso brazo hacia él con el puño cerrado, amenazante.

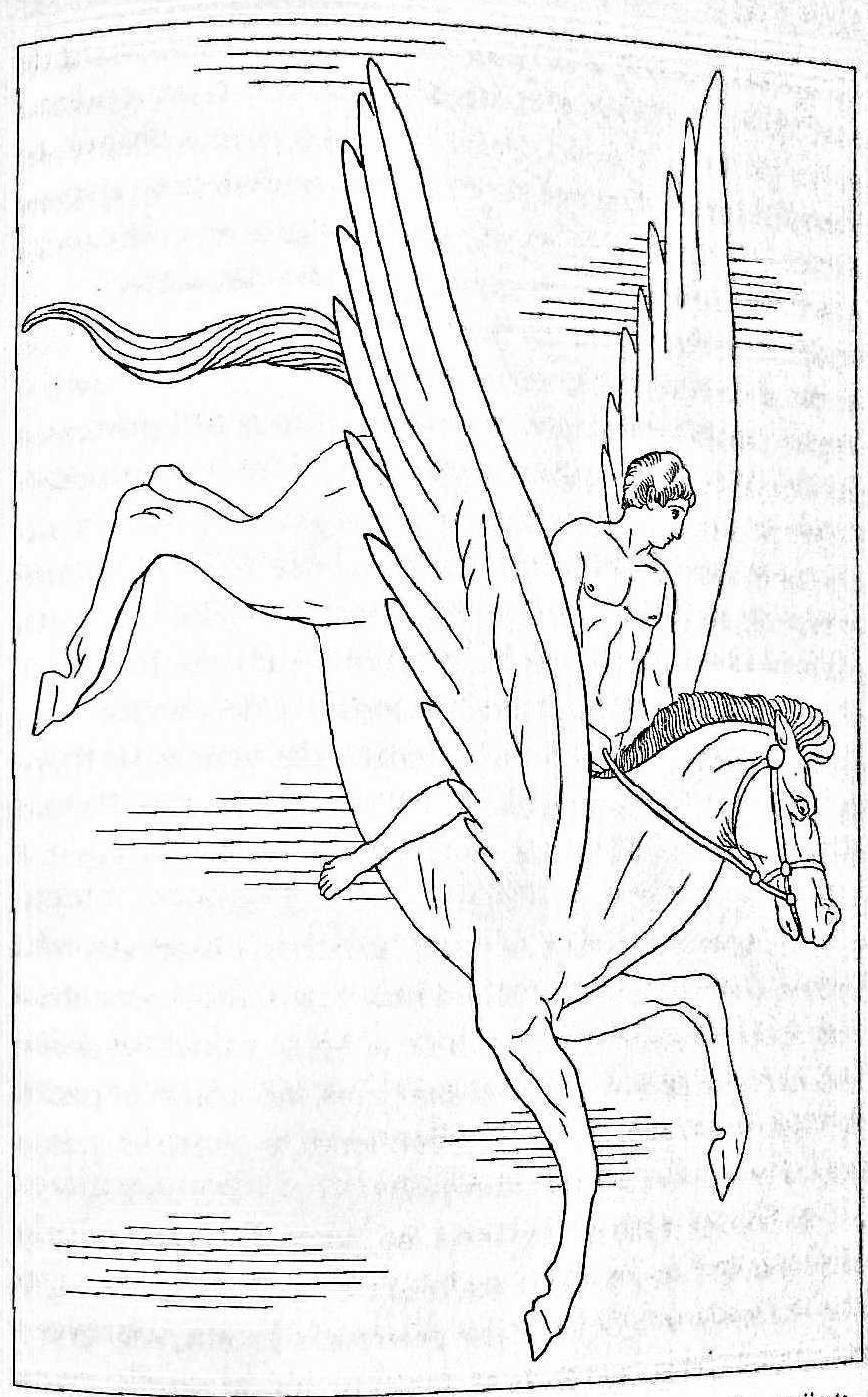
Hipónoo no sabía qué significaba aquello, pero ya no tenía dudas sobre el hecho de haber despertado la cólera del padre de los dioses. Belerofonte esperaba que Zeus lo fulminara con uno de sus terribles rayos, pero la mano del señor del Olimpo parecía empuñar el vacío. Como si hubiera leído su pensamiento, Zeus abrió su mano y del puño del padre de los dioses emergió un ente diminuto y oscuro que el héroe no pudo distinguir pero que, a través del aire, se dirigía irremediablemente hacia ellos. Un zumbido ensordecedor inundó el éter, atronando más y más los oídos de ambos a medida que se acercaba. No fue hasta el momento en el que lo vio pasar ante el hocico de Pegaso que Hipónoo reconoció al pequeño tábano causante de aquel ruido atronador. Lo siguió con la vista, desconcertado ante aquel inesperado emisario divino, que fue a ocultarse bajo las lar-

gas crines de Pegaso. El joven príncipe sintió la necesidad de apresarlo. No comprendía qué peligro pudiera esconderse tras un ínfimo insecto como aquel, pero se había propuesto no descubrirlo. El tábano pasó a la grupa, donde esquivó de nuevo la mano del joven y, de allí, tras sobrevolar la cabeza del héroe hasta casi dejarlo sordo con el sonido de su vuelo, se perdió entre los hilos de la sedosa cascada que formaba la cola del corcel. Aunque aún oía sus zumbidos y lo buscaba con ahínco, separando los pelos de su cola uno a uno con cuidado de no perder el equilibrio, el tábano había desaparecido de su vista.

De repente, el zumbido se detuvo y el silencio lo inundó todo. Esa renovada calma inquietó a Pegaso, que esperaba inmóvil a que algo sucediera. Belerofonte, por su parte, cerró los ojos, incapaz de controlar el magma de desesperación y resignación en el que se había convertido su pensamiento.

Un agudo relincho de dolor lo sacó de su ensimismamiento. Pegaso comenzó a dar coces al aire, encabritado, y trató de levantarse de manos en el cielo. Hipónoo intentó asir las bridas del freno de Atenea, pero el animal coceaba con los cuartos traseros mientras movía la cabeza de uno a otro lado, lacerando con sus crines el rostro del héroe, frustrando su tentativa: la fuerte musculatura de Pegaso, que se retorcía en un escorzo de alas y flancos se lo impedía.

El caballo había perdido el dominio de sí mismo, y giraba en círculos sin tener en cuenta a su jinete. Este, magullado por los golpes de las alas que el animal batía desenfrenado, se dio cuenta de que su única posibilidad para sobrevivir a la mortal caída era agarrarse fuertemente al cuello de la bestia, enlazándolo con pies y manos. Cuando Pegaso sintió



Hipónoo asió las bridas mientras Pegaso coceaba sin tener en cuenta a su jinete.

las extremidades de su hermano rodeando su yugular, tomó conciencia del peligro que corría Hipónoo, y trató de serenarse. Lentamente dejó de batir las alas, mientras mantenía rígido el cuerpo para que el príncipe no resbalara y pudiera volver a tomar asiento en su grupa, alejado de todo peligro. Belerofonte, cautelosamente, descendió de nuevo por el cuello del animal, tratando de no perder el equilibrio. Pero en ese momento, el zumbido atronador se oyó de nuevo, y Pegaso sacudió con ahínco su cerviz mientras insoportables bufidos de dolor escapaban de sus ollares. Hipónoo procuró volver a aferrarse a las crines, pero esta vez su posición no era tan estable. El caballo sacudió su cabeza y él de repente se sostenía en el aire, agarrado a la base de sus alas. Entonces el corcel, sin dejar de resoplar, emprendió un vuelo ascendente mientras hollaba el aire, tratando así de escapar a su dolor. El frenético batir de las poderosas alas venció las fuerzas de Hipónoo, que se precipitó al vacío mientras Pegaso escapaba irremediablemente de su alcance, sordo a sus gritos y llamadas.

Mientras caía y volvía a atravesar las nubes, observaba impotente como su montura volaba más y más alto, hasta atravesar las puertas del Olimpo, donde al fin se calmó su dolor y su carrera se detuvo. Cada vez más lejos, vio cómo el padre de los dioses lo acariciaba afectuosamente, y cómo la calma llegaba de nuevo a sus miembros.

Solo en los últimos instantes de su vida comprendió Hipónoo que su hermano alado era el único inmortal, y que únicamente a él le estaba permitida la entrada entre sus iguales. Demasiado tarde se daba cuenta de que deseaba ahora regresar junto a los suyos. Entonces, sus ojos brillaron

con una luz desconocida y una sonrisa de felicidad acudió a sus labios. Mientras veía acercarse las escarpadas montañas y el inmenso mar que su padre gobernara, en el delirio causado por la certeza de una muerte inminente, surgió ante Hipónoo la esperanza de que tal vez, cuando tocara tierra, se despertaría como cada noche entre los brazos amorosos de Filónoe, y vería crecer a sus hijos como príncipes de la hermosa y rica tierra de Jantos.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Belerofonte es el héroe cuyos triunfos le hicieron creer que podía igualarse a los mismísimos dioses olímpicos. De su triste fin puede extraerse una enseñanza moral: la del fracaso que espera a todo aquel que, con sus acciones, perturbe el orden del cosmos y que, llevado por la vanidad y el orgullo, aspire a ser más de lo que es.

Querer volar hasta el Olimpo en el que viven los dioses constituye un desafío que estos, por mucho que el osado sea vástago de uno de ellos, no podían permitir. Debía ser castigado ejemplarmente para que su caso sirviera de escarmiento a las generaciones futuras. Ese fue el caso de Belerofonte. Como Hércules y Perseo, entre otros héroes griegos, había contribuido a que el mundo fuera más ordenado y habitable al erradicar de él un monstruo primigenio como la quimera. No fue esa su única gesta, pues venció también a los aguerridos sólimos y a las violentísimas amazonas. Mas, a diferencia de aquellos héroes, no esperó a obtener su recompensa de manos de los dioses. Al contrario, los desafió llevado por el orgullo y, en un rapto de funesta *hybris*, ese impulso desmesurado e irracional opuesto a la *sophrosyne* (la cordura y la razón como ideal de vida) montó en el alado corcel Pegaso y empezó a elevarse en el firmamento con el Olimpo como meta. No fue muy lejos: Zeus lo derribó. Según una versión, Belerofonte murió al estrellarse contra el suelo; según otra, sobrevivió, pero al precio de

quedar cojo, ciego y condenado a vagar sin rumbo y despreciado por todos hasta el momento de su muerte. En uno y otro caso se trata de un mal premio a sus hazañas, que contrasta con el destino alcanzado por Hércules (la inmortalidad en el Olimpo) y por Perseo (su transformación en constelación celeste). En cambio, lo que le fue vedado a Belerofonte lo recibió su inseparable Pegaso, acogido en el cielo como una de sus más brillantes constelaciones.

LOS HIJOS DE POSEIDÓN

El castigo al desmesurado orgullo de Belerofonte parece haber perdurado en el tiempo, al menos en el sentido de que su figura se ha visto eclipsada por la criatura que lo acompaña en sus gestas y en ese abrupto final, el caballo volador Pegaso. Y no solo eso, pues los caprichos de la transmisión literaria y artística han hecho que en más de una ocasión se haya visto suplantado por otro héroe, Perseo, el matador de Medusa. Aun así, Belerofonte es un personaje interesante. Todo en él está marcado por la vinculación con el dios de los mares, Poseidón, su auténtico padre, empezando por su ciudad natal, Corinto, cuya situación en un istmo que separa los mares Egeo y Jónico la hacía especialmente devota de esa divinidad. Además, el animal distintivo de Poseidón era el caballo, bestia no solo asociada al héroe por Pegaso, sino también por el nombre que usó antes de dar muerte al tirano Bélero (Belerofonte es un nombre parlante que significa «matador de Bélero»): Hipónoo, que puede interpretarse como «el que comprende a los caballos».

No menos interesante es Pegaso, el compañero de aventuras de Belerofonte y también su hermano, pues por sorprendente que pueda parecer para nuestra mentalidad, ambos son hijos de Poseidón. El

caballo alado es una criatura muy extendida en otras mitologías. En la antigua Asiria se dan representaciones de corceles de este tipo que se han datado hacia el siglo XIX a.C. y que, a través de pueblos como el hitita, el luvita o el persa, pudieron pasar a Grecia desde Asia Menor, donde precisamente se sitúa la Licia del rey Yóbates en la que sucede buena parte de este mito. Si originalmente ese animal fabuloso estaba vinculado a las tormentas, en suelo griego lo estuvo a las aguas subterráneas, que por otro lado caen bajo la jurisdicción de Poseidón. El mismo nombre de Pegaso es indicativo al respecto. Desde la Antigüedad se ha creído que deriva del griego *pegé*, «fuente», «manantial», y así lo emplea el poeta Hesíodo (siglo VIII a.C.) en su *Teogonía*: «A este [Pegaso] le venía el nombre de que nació junto a los manantiales». El corcel, además, era capaz de hacer manar fuentes con un golpe de sus cascos. La fuente Hipocrene («del Caballo»), en el monte del Helicón en el que habitan las musas, es la más famosa. Otra etimología menos frecuente es la que tiene que ver con el término *pegós*, «vigoroso».

¿Y la quimera? Es una de esas criaturas que remiten a un mundo dominado por las fuerzas ciegas de la naturaleza, anterior por tanto a los dioses olímpicos. Era hija de la infernal pareja constituida por Tifón y Equidna, lo que la convertía en hermana de horrores como el can Cerbero que guarda las puertas del inframundo, la esfinge cuyo enigma descifró Edipo o la hidra de Lerna que aniquiló Hércules en uno de sus trabajos (esta última es, en Hesíodo, la madre de la quimera). Aunque los autores y artistas antiguos difieren en detalles concretos de su aspecto, todos coinciden en que era un híbrido de león, dragón y cabra. Dado que se trata de tres animales tan heterogéneos que resultan imposibles de conciliar, no sorprende que el nombre de «quimera» se haya convertido en un sustantivo (y un adjetivo, «quimérico») referido a todo aquello que, no siendo posible ni verdadero, se propone como tal a la imaginación...



Mezcla de león, cabra y dragón o serpiente, la quimera ha alimentado la fantasía de los artistas desde la Antigüedad, cada uno de ellos aportando su propuesta sobre cómo tres animales tan diferentes pueden formar uno solo. En este plato de figuras rojas de Apulia (Museo del Louvre de París), de mediados del siglo IV a.C., el monstruo es básicamente un león de cuyo cuerpo surge una cabeza de cabra, mientras que la cola es posiblemente una serpiente.

DE HOMERO A EURÍPIDES

La narración más antigua del mito viene narrada en el canto VI de la *Ilíada* de Homero (siglo VIII a.C.). Salvo la intervención de Pegaso y el trágico destino final de Belerofonte, todo está ahí ya de manera sucinta: «Era esta [la quimera] de raza divina, no humana: por delante león, por detrás serpiente, y en medio cabra, y exhalaba la terrible furia de una ardiente llama. Pero logró matarla, fiado en los portentos de los dioses. En segundo lugar, luchó contra los gloriosos sólimos, la lucha en su opinión más feroz que contra hombres entabló. En tercer lugar, mató a las varoniles amazonas». El interés de estos versos se acrecienta por contener la única referencia a la escritura en toda la obra del poeta: «Luctuosos signos, mortíferos la mayoría, que había grabado en una tablilla doble», en alusión a la carta de Preto a Yóbates.

El otro gran poeta arcaico, Hesíodo, se limita a mencionar en la *Teogonía* a las fabulosas criaturas del mito, Pegaso y la quimera. En cuanto a la primera, señala que, «levantando el vuelo y abandonando la tierra

madre de rebaños, marchó a la mansión de los inmortales y allí habita, en los palacios de Zeus, llevando el trueno y el rayo al prudente Zeus». De la segunda, no puede resistirse a describir su horrible aspecto: «La hidra parió a la terrible, enorme, ágil y violenta quimera, que exhala indómito fuego. Tres eran sus cabezas: una de león de encendidos ojos, otra de cabra y la tercera de serpiente, de violento dragón. León por delante, dragón por detrás y cabra en medio, resoplaba una terrible y ardiente llama de fuego. Pegaso la mató y el valiente Belerofonte».

Más apegado a la tierra, el poeta lírico Píndaro (h. 518-438 a.C.) prefiere centrarse en el héroe. En la oda XIII de sus *Olímpicas*, describe cómo Belerofonte consiguió domar a Pegaso con la ayuda de Atenea y lo que siguió después: «Y así, lleno de ardor, capturó el valeroso Belerofonte, el suave hechizo, tensándole el belfo al alado corcel. Y montando, ceñida armadura de bronce, al instante le hacía marcar un trote de guerra. Y con él, una vez, desde el gélido seno del éter desierto, derrotó a la femínea tropa de amazonas arqueras, y mató a la quimera que exhalaba llamaradas de fuego, igual que a los sólimos». Sin embargo, lo más interesante es la lección moral que extrae del mito, recogida en *Ístmicas*: «Por igual morimos todos. Solo el destino es desigual: si en elevadas cosas pone uno los ojos, pequeño es para llegar a la morada de suelo bronceado de los dioses. Que ciertamente arrojó Pegaso alado a su dueño Belerofonte, que quiso ir a los palacios del cielo, a la asamblea de Zeus».

Los grandes trágicos griegos se ocuparon también de este tema, aunque de esas obras apenas nos han llegado algunos fragmentos. Es el caso de las tragedias *Estenebea* y *Belerofonte* del poeta Eurípides (480-406 a.C.). Esta última debió de presentar unos tintes marcadamente pesimistas, o al menos eso es lo que sugieren los noventa versos que de ella se han conservado. Uno de ellos reza: «Si los dioses cometen un acto que no es respetable, no son dioses».

El alto vuelo de la poesía

En la antigua Grecia hubo algunos para los que un caballo alado como Pegaso o un monstruo como la quimera no eran más que disparates para poetas o gentes muy crédulas. Así pensaba Paléfato (siglo IV a. C.), autor del libro titulado *Sobre fenómenos increíbles*, en el que, siguiendo el modelo del mitógrafo Evémero de Mesene, quiso dar una interpretación racional (o lo que él consideraba como tal) de esos viejos y absurdos mitos. Uno de los que trataba fue el de Belerofonte, en el que se despachaba diciendo que la Quimera no había existido, pues «es imposible que una serpiente, un león y una cabra se alimenten de lo mismo, por no decir que un ser de naturaleza mortal exhale fuego. Es una tontería». En realidad, según su interpretación, Belerofonte era un corintio de linaje noble que, habiendo tenido que dejar su patria, se dedicaba a la piratería en un barco bautizado como Pegaso, nombre que, por su etimología «le sienta mejor a una nave que a un caballo». Un día, el pirata recaló en un reino dominado por una alta montaña y un volcán que escupía fuego y al que los nativos llamaban Quimera. Rodeada por un bosque, esa montaña solo tenía dos entradas, una dominada por un león y otra por una serpiente que espantaban a pastores y a todo aquel que se acercaba a ellas, sin que nadie lograra vencerlas. Hasta que llegó Belerofonte, prendió fuego al bosque y exterminó a ambas alimañas. «Es por eso —afirma Paléfato— que dicen los nativos: "Llegó Belerofonte con Pegaso y destruyó la quimera de Amisodares". El mito se nutrió de esto».

EL ALTO VUELO DE LA POESÍA

En época moderna, la repercusión literaria del mito de Belerofonte ha sido menor, no así la de Pegaso (sobre todo en la forma de hipogrifo, mezcla de caballo, águila y león), y ello desde el poema épico *Orlando furioso*, del italiano Ludovico Ariosto (1474-1533), hasta la saga *Harry Potter*, de la británica J. K. Rowling (n. 1965). Aunque la imagen más habitual es la de Pegaso como trasunto de la poesía y la inspiración poética, y ello por la relación del corcel con el monte Helicón en el que viven las musas y en el que hizo brotar la fuente Hipocrene. En esa línea, el ilustrado francés Voltaire (1694-1778) escribió el satírico *Diálogo de Pegaso y el anciano*, en el que el caballo alado le pide a un campesino que monte en él. El aludido (*alter ego* del autor) se niega, pues disgustado como está por las críticas injustificadas de sus contemporáneos de falta de ambición y vuelo (lírico, se entiende), no quiere saber ya nada.

El alemán Friedrich Schiller (1759-1805) se sirvió también del hijo de Poseidón y Medusa para su poema *Pegaso subyugado*. En él, un poeta hambriento vende el corcel alado a un campesino, quien, pragmático, afirma: «Las alas no sirven para nada, pero se las puede atar o cortar, con lo que el caballo serviría para tirar». Mas Pegaso no se aclimata a sus nuevas funciones: un día que le uncen un carruaje con pasajeros, se lanza a un galope tan desbocado que provoca el pánico de los viajeros; otro en que ha de tirar de un arado con un buey, cae al barro. Y así hasta que lo rescata otro poeta: «Un espíritu, un dios, se alza regio, una vez desplegado con dolor en la tormenta el esplendor de la sacudida, se alza impetuoso hacia el cielo y antes de que la mirada lo pueda seguir desaparece en las alturas azules».

En otras palabras, a la poesía no se la puede esclavizar, domar ni uncir a un yugo, sino que hay que dejar que vuele en libertad. La misma idea late en el soneto *Pegaso*, del nicaragüense Rubén Darío (1867-1916): «Sobre mi frente Apolo hizo brillar su escudo / y de Belerofonte logré seguir la huella. / Toda cima es ilustre si Pegaso la sella, / y yo, fuerte, he subido donde Pegaso pudo». Donde fracasó el héroe, allí triunfa el poeta.

PERSEO, EL USURPADOR DE PEGASO

El mito de Belerofonte aparece en relieves y vasos de cerámica pintada ya desde, al menos, el siglo VII a. C., centuria a la que pertenece un plato hallado en el templo de la diosa Ártemis de la isla de Tasos, en el que se ve al héroe montado sobre Pegaso y luchando contra la quimera. El mismo motivo es tratado en un relieve procedente del templo de Zeus de Agrigento (Sicilia) y en una copa laconia atribuida al pintor de Neucratis, obras todas ellas del siglo VI a. C. Un epínetro (un rodillo cerámico usado por las mujeres para desbastar la lana) de figuras rojas del siglo V a. C. y un plato de figuras rojas y blancas atribuido al Pintor de Baltimore del siglo IV a. C. muestran la pervivencia de este tema, no menos popular que las representaciones en solitario del alado corcel, como la de un plato ático de figuras rojas datado hacia el 420 a. C. En escultura, cabe destacar la llamada *Quimera de Arezzo*, un espléndido bronce etrusco de finales del siglo V a. C. que representa al monstruo como un león de cuyo lomo sale una cabeza de cabra y cuya cola es una serpiente. En las épocas helenística y romana, el mito aparece también en mosaicos, sarcófagos monedas y medallas.

En la época moderna, el mito cayó prácticamente en el olvido, a pesar de que la lucha del héroe protagonista con el monstruo se prestaba fácilmente a interpretaciones en clave cristiana del combate entre el bien y el mal. De hecho, la iconografía de san Jorge y el dragón debe mucho a las representaciones clásicas de Belerofonte. El héroe, sin embargo, fue asimilado la mayoría de las veces a Perseo, quien de este modo parte al rescate de Andrómeda montado en un corcel volador y no, como sucede en la historia original, volando gracias a unas sandalias aladas. Así ocurre, por ejemplo, en el *Perseo y Andrómeda* del pintor barroco italiano Luca Giordano (1634-1705) y en la obra del mismo título del inglés Frederic Leighton (1830-1896). Ello, sin embargo, no significa que no existan obras inspiradas en Belerofonte en esta época. Las más importantes quizá sean los frescos que el italiano Giambattista Tiepolo (1696-1770) pintó para el Palazzo Sandi y el Palazzo Labia de Venecia, en los que el héroe aparece volando atrevidamente sobre Pegaso.

Más fortuna ha tenido el caballo como símbolo de la creación poética. Ya en el siglo XV, el pintor italiano Andrea Mantegna (1431-1506) lo introdujo en su obra *Parnaso al lado de las musas*, línea seguida por otros pintores como el italiano Francesco Albani (1578-1660) o el holandés Caesar Boëtius van Everdingen (h. 1617-1678). El simbolista francés Gustave Moreau supo plasmar en su obra *El poeta viajero* esa faceta de Pegaso, pero sin separarla de su mítico jinete: si el corcel se muestra de forma majestuosa, Belerofonte, por su parte, parece encarnar al melancólico poeta que sueña con alcanzar otros mundos. El elemento onírico se ve aún más acentuado en las versiones que el también francés Odilon Redon (1840-1916) hizo de Pegaso, encarnación de lo espiritual e inasible.



Dos visiones de Belerofonte y Pegaso. A la izquierda, El poeta viajero *(Musée d'Orsay de París), de Moreau, rompe con todo estereotipo heroico para emplazar a jinete y corcel en un paisaje onírico y lleno de misterio detalle del fresco que Tiepolo pintó en uno de los techos. Abajo, del Palazzo Labia de Venecia como alegoría de la ascensión de jinete y corcel hacia la gloria y la eternidad. La atrevida perspectiva y el trampantojo creado por el artista otorgan a las figuras un decidido impulso ascensional.*



AMORES Y OTRAS LICENCIAS

Aunque el vencedor de la quimera ha dejado escasa huella en el arte musical, las obras que ha inspirado son particularmente notables. La más antigua de todas ellas es el *Belerofonte* del francés Jean-Baptiste Lully (1632-1687), una tragedia lírica que, conforme a la moda de la época, resalta el componente sentimental, en concreto el amor entre el héroe y Filónoe, que la celosa Estenebea intenta impedir a través de un monstruo creado por un mago por deseo explícito de ella. Fantasiosa en lo musical y no menos en lo escénico, la obra disfrutó de un éxito apoteósico en su estreno en 1679.

En 1767, para festejar el aniversario del rey Carlos III de España, el checo Josef Mysliveček (1737-1781) dio a conocer en Nápoles su ópera, *El Belerofonte*, recibida de manera no menos entusiástica que la de Lully. Es cierto que del mito original apenas queda en el libreto de Giuseppe Bonecchi más que el nombre del protagonista y su gesta más conocida, la de la quimera, pero la belleza, la inventiva y la frescura de sus arias hace que se perdonen todas sus licencias.

Índice